

CAPÍTULOS GRATUITOS

Lo que todo gato quiere

Ingrid V. Herrera

A mi familia, los de mi casa y los de Wattpad

Introducción

El señor y la señora Gellar entraron en un insalubre callejón de Londres. Sus costosas ropas desentonaban con el arrabal. La presión de la lluvia caía sobre sus cabezas y los motivaba a terminar pronto lo que se traían entre manos.

El señor Gellar se adelantó y empujó unas cuantas cajas mohosas y unas bolsas pestilentes fuera de su camino. Agachado a un lado del contenedor metálico, él improvisó una casita de cartón. Colocó una manta de fina seda y algunos periódicos.

—Rápido Sarah, dámelo. —Extendió las manos hacia su esposa.

La señora Gellar arrebujó con más fuerza al diminuto bultito envuelto que sostenía. No quería hacerlo.

—¿Estás seguro Greg? ¿Qué va a decir Gerald cuando descubra que no está?

Lo que opinara su hijo, no le importaba en ese preciso momento. Solo estaba aprovechando la hora de dormir del pequeño para que él no se diera cuenta de que en la casa faltaba «algo». Tenían hasta unas horas después del amanecer: tiempo suficiente para inventar una excusa que suene convincente a un niño de tres años.

Pan comido.

—Sarah —la apuró.

Su marido estaba impaciente y ansioso, lo notaba por el temblor de sus manos. Entre aliviada y angustiada, Sarah miró al gatito recién nacido que cargaba en sus brazos. Tenía el tamaño de un ratoncito de cocina y sus diminutas orejas temblaban pegadas a su cabeza de color negro. Había comenzado a emitir agudos y débiles maullidos en busca de la leche de su madre.

A pesar de sentir su alma estrujada por verse obligada a tener que abandonarlo, ellos no podían conservarlo por dos razones: su madre ya no podía cuidar de él y su hijo Gerald era alérgico al pelo de gato.

Así debía ser.

Era lo mejor.

¿Pero por qué se sentía así de mal?

Sacó del bolsillo de su abrigo de piel una fina cadena de oro con un pequeño medallón ovalado. La deslizó por el cuello del gatito y procuró aferrarla con delicadeza gracias a un cierre deslizable. Si iba a recuperarlo, lo haría gracias al medallón.

La señora Gellar miró, angustiada, el rostro de su marido y notó cómo un relámpago iluminaba las duras facciones de él.

El bultito pasó de las pequeñas manos de Sarah a las enormes y fuertes manos de Greg, y él lo acomodó sobre el refugio que había armado.

Empapados y en mortal silencio, regresaron al Cadillac que los esperaba en la entrada del callejón. Volvieron a su residencia dejando atrás al gatito que se revolvía con premura en la manta. El medallón de oro centelleaba gracias a la intensa luz de la luna llena.

Y

los Escorpiones de Dancey High son campeones por tercera vez consecutiva!

AJÁ. ESO ES.

¡NUESTRO EQUIPO ES EL MEJOR!

El campo de *rugby* de la preparatoria pública Dancey High estalló en vítores y en serpentinas de color rojo y amarillo, los colores oficiales de la escuela. Los corpulentos jugadores chocaron sus cuerpos y se embarraron en el sudor de la victoria. El entrenador les dio sonoras palmadas «varoniles» en sus espaldas de gorila y algunas porristas se acercaron a besar a sus novios, miembros del equipo, y otras se quedaron saltando mientras canturreaban la porra y agitaban sus pechos y sus pompones.

Los espectadores a favor de Dancey High chillaban en las gradas con excitación. Los perdedores de Abbott High tuvieron que salir discretamente para no ser abucheados, sin embargo, nadie se fijaba en ellos, todos estaban ocupados por los festejos.

Todos, menos la mascota del equipo.

La pobre persona dentro del pobre disfraz mal hecho, de un escorpión, corría por el campo mientras era perseguida por una horda de jugadores que querían lanzársele encima para festejar...

Oh, no. La persona que estaba ahí dentro no se la estaba pasando bien, nada bien, y no le hacía ninguna gracia que los gorilas quisieran matarla.

—Oh, parece que Escorpi no quiere un abrazo. ¡Vamos, animemos a Escorpi! — exclamó el locutor y su voz salió por los potentes altavoces distribuidos en las esquinas del campo.

Enseguida, la porrista capitana lideró la porra en contra de Escorpi.

Era una perra.

—¡ES-COR-PI, ES-COR-PI, ES-COR-PI!

En las gradas, la corearon. Eso era un complot, era alta traición.

Ese pobre disfraz de ahí...

La persona que corría por su vida a lo largo de todo el lodoso campo, la que ahora se encontraba en el suelo y a la que le aplastaban los jugadores, uno por uno...

Era la pobre de Ginger.

Todos estallaron en bulla y aplausos. Cuando Ginger pensó que ya no podía

respirar más, que ya se estaba ahogando con su propio sudor y que el calor de los diez cuerpos la neutralizaba, oyó el silbato del entrenador.

—Ya basta, aléjense de ella. Déjenla respirar, fue suficiente: bien hecho, chicos.

Los jugadores se bajaron de Ginger y ella sintió cómo, de a poco, se reacomodaron sus órganos. Estaba enterrada en el pasto y en el lodo del campo. El entrenador Callahan tuvo que tirar de ella para sacarla mientras la chica tosía el pasto que se había tragado.

Él le zafó la cabeza de escorpión de un tirón, y encontró a una Ginger moribunda a causa del calor. Tenía el cabello pelirrojo apelmazado por la transpiración, sus pálidas mejillas estaban sonrojadas y los párpados inferiores se veían hundidos por la deshidratación.

—¿Estás bien? —le preguntó al tiempo en que le daba una palmada en la mejilla.

Ginger sintió dolor, pero sabía que eso era lo más delicado que el entrenador podía ser. Como no pudo contestar, porque tosió más tierra, asintió con la cabeza.

—Qué bueno —afirmó el hombre y se fue a festejar con sus chicos.

Pronto, la dejaron sola en el campo. Se sacudió la tierra y el pasto pegado de su disfraz de escorpión que, viéndolo de lejos, parecía más un camarón debilucho.

Ginger había aceptado ser la mascota porque quería estar cerca de los jugadores, bueno, en realidad, quería ser porrista, pero sabía que ni aunque Keyra y sus secuaces estuvieran drogadas y ebrias la aceptarían.

Solo bastaba con mirarla en el pasillo, frente a su sobrio casillero, cuando todos los demás estaban personalizados; bastaba con ver la forma en que llenaba sus delgaditos brazos con libros mientras que los demás no cargaban ni con el aire; tan solo bastaba con ver su forma de vestir, al estilo estereotipo de bibliotecaria, con lentes que se oscurecen con la luz del sol y con su cabello rebelde pulcramente peinado en una trenza francesa.

Ginger era la marginada tesorera de Dancey High, a la que, si se le caía un libro, se lo pateaban; si se le caían los lentes, se los rompían; si entraba a un salón bajo su función de tesorera escolar y decía «atención, por favor», hacían de todo menos escucharla. Incluso, solían robarle la tarea para copiarse y después la encontraba arrugada y manchada de vete a saber qué.

Ah, y encima quería ser porrista, pero era la mascota.

No importaba. De esa manera, podía estar cerca de los jugadores y las porristas.

Estaba todo bien.

En serio...

Tal vez.

Ginger puso la cabeza de Escorpi bajo su brazo y caminó cojeando hacia el exclusivo vestidor de las porristas que era uno de los privilegios –en realidad, el único– que gozaba: entrar en la sede de lo *fashion*, las minibragas y los cuerpos talla cero.

Cada vez que Ginger entraba en ese lugar, las demás se callaban de golpe como si estuvieran hablando de ella, no obstante, desechó la idea porque eso sería un honor. No hablaban de ella, se burlaban de ella. Le metían el pie cuando pasaba o le esbozaban muecas de náuseas, como si fuera un cubo de basura al tope de moscas. La repelían.

Sin embargo, esta vez habían llegado lejos.

Al abrir su casillero, Ginger no encontró su ropa.

Con creciente alarma, notó que ni siquiera estaba su mochila. Y si no estaba su mochila, no estaba su cartera, y si no estaba su cartera, no tenía dinero, y si no tenía dinero, no podría tomar el metro.

Tenía que caminar de regreso a su casa. ¿Y si llovía? Era un hecho que llovería ¿Y si se hacía de noche? Bueno, ya era de noche. ¿Y si la asaltaban? Qué diablos, no podrían hacerlo porque no llevaba nada más que su virginidad, por lo tanto, podrían...

–O-oigan chicas –murmuró.

Nadie le hizo caso, todas estaban admirando la talla de sostén que utilizaba Keyra Stevens.

–Disculpen... ¿han visto mi...?

Terminaron de vestirse y entre fuertes carcajadas salieron azotando la puerta. Dejaron a Ginger sola con su alma.

Todo lo que quería era quitarse el disfraz, pero no podía irse en ropa interior... sí, así es, todo lo que traía puesto era su ropa interior.

Sin más retraso, salió del vestidor y se metió en los pasillos, empujó las puertas de cristal de la salida. La masa de alumnos se congregaba en el aparcamiento y todos comenzaron a irse en sus autos, listos para celebrar y hacer escándalo en otro lado. Ginger se vio tentada a pedir aventón, pero ¿a quién? No tenía amigos.

Mientras caminaba por la calle Baker, mantenía la cabeza gacha, aunque eso no evitaba que los transeúntes la miraran con desconcierto y los más pequeños la señalaran:

–¡Mira, mami, un camarón!

No había par de ojos que no se torciera hacia ella. Las miradas la ponían nerviosa y la hacían caminar más aprisa.

Ginger zigzagueaba para evitar los charcos de la lluvia anterior. Había llovido durante el partido y, aun así, eso no impidió que siguieran adelante, lo cual no fue favorecedor para ella porque Escorpi terminó oliendo como perro mojado.

Una gota explotó en su respingona y pecosa nariz. Miró al cielo y divisó unas grandes nubes grises que contrastaban con la oscuridad parcial que antecede a la noche. La gente ya se disponía a cerrar los locales, cuando Ginger cruzaba por una zona de callejones.

Comenzó a sudar con solo imaginarse la clase de maleantes que podrían estar a la espera de una víctima, tras los mugrosos contenedores de basura, y pensó en todas las señoritas que fueron víctimas de Jack el Destripador. Ginger estaba en una situación parecida a la que estuvieron todas ellas antes del crimen, salvo que por el disfraz distaba mucho de parecer prostituta.

Un estrepitoso ruido detuvo su corazón y, luego, lo hizo latir muy rápido. Sonó como si varios baldes metálicos cayeran al suelo.

Una mancha negra pasó como una exhalación por los pies de Ginger, seguida por un hombre gordo que salía a tumbos por la puerta trasera de un callejón mientras agitaba una escoba en el aire.

—Maldito bicho, ¡vuelve a meterte con mis carnes y te convertirás en una hamburguesa! —masculló el hombre que vestía un mandil blanco manchado de sangre y grasa.

El carnicero se limpió el sudor de la frente con su peludo y gordo brazo y se embarró de sangre. Después, miró a Ginger de arriba abajo tratando de descifrar de qué diablos iba disfrazada.

—Oye niña, si ves a esa mascota del demonio, tráemelo, ¿entiendes?

Ginger asintió enérgicamente con la cabeza y siguió su camino con rapidez. Antes de llegar a la esquina, en la entrada de otro callejón, vio que un gato de pelaje negro y brillante le daba la espalda.

Sabía que en cuanto se acercara, lo asustaría y el animal saldría corriendo hacia recoveco más cercano, por lo que trató de amortiguar el sonido de sus pasos. A pesar de sus esfuerzos, las puntiagudas orejas del gato comenzaron a girar y retorcerse como una antena que trata de sintonizar la señal. Cuando encontró la «frecuencia» de los pasos, miró sobre su espalda y la enfocó.

Ginger se detuvo en seco y se quedó congelada, sin mover un solo músculo, no quería que saliera huyendo. El gato fijó su felina y afilada mirada en ella. Tenía unos impresionantes ojos azul turquesa que parecían realzarse en 3D sobre su pelaje negro.

Con la arrogante elegancia que suele caracterizar a los gatos, se levantó y giró hacia ella agitando la cola de un lado a otro.

Oh, no. Ginger no era tonta, veía demasiado Animal Planet como para saber que la mirada fija y la cola danzante eran gestos equivalentes al de una serpiente que hacía sonar su cascabel.

El gato adelantó una pata. Ginger retrocedió un pie y después, con mucho cuidado, rodeó al minino para poder pasar como si de un precipicio se tratara. El gato giró la cabeza en su dirección y la siguió con la mirada.

Con un estremecedor escalofrío, Ginger cruzó la siguiente calle, ya se encontraba más cerca de su casa.

—Miauu.

Ella reprimió un grito y dio un respingo. El carnicero tenía razón. Tal vez sí era la mascota del demonio.

Ahí estaba esa bola de pelo negra, mirándola directo a los ojos. Ronroneaba y movía lentamente la cola, de derecha a izquierda. Se acercó con parsimonia hacia ella. Ginger tenía miedo de pensar que, si corría, él se le engancharía en la pierna.

—No, no, no. No te muevas —le suplicó mientras ella retrocedía los pasos que daba el gato— gatito, lindo gatito... ay, Dios, me das miedo.

Tras su espalda, escuchó el pitido de los autos. Había llegado hasta el cordón de la calle y no podía seguir retrocediendo o la aplastarían como a un sapo.

El gato se acercó tanto a ella que casi se podían tocar. Levantó el lomo y se enroscó en la pierna de Ginger: restregándose.

Ella soltó el aire que había acumulado en su interior. Después de todo, no iba a morir asesinada por un gato.

Se puso en cuclillas y le extendió su mano con la palma abierta hacia arriba. El animal la olisqueó un momento y luego restregó su sonrosada nariz y su mejilla contra ella. Ginger rascó tras sus orejas y le deslizó la mano sobre el lomo provocando que el gato se arqueara.

Gin se rio.

—Eres muy lindo —afirmó.

Él maulló, como diciendo «lo sé», y cerró sus preciosos ojos azules mientras ella le

rascaba el cuello. Su pelaje estaba mojado, pero era muy suave.

Pronto, Ginger tocó algo extraño bajo el pelo de su cuello.

—Vaya, ¿qué tienes aquí amigo?

Se agachó un poco más y sus dedos jalaron una enredada cadena, pero de delicados eslabones, dorada.

—¡No puede ser! ¿Cómo es que tú tienes cosas de oro y mis padres solo me dan... plástico?

El gato protestó porque ella había dejado de acariciarlo y Ginger le frotó la barbilla con una mano mientras que, con la otra, le daba vueltas a la cadena y sentía la vibración de su ronroneo bajo los dedos.

Se encontró con un pequeño óvalo dorado que tenía un escudo grabado en una cara y un nombre, en la otra.

—«Se... Sebastian» —leyó—. ¿Te llamas Sebastian?

—Miau.

—No te ofendas, ¿quieres? Pero normalmente a los animales se les pone nombres ridículos como Skipie, Pulgas, Manchas, Rex o algo así, pero ¿Sebastian? ¿Quién es tu dueño? ¿Paris Hilton?

Un trueno golpeó el cielo, un relámpago lo iluminó y las nubes soltaron la lluvia.

—Ay, no.

Ginger no lo pensó ni dos veces: tomó la cabeza de Escorpi con una mano, a Sebastian, el gato, con otra y se echó a correr. Sus pisadas salpicaban el agua de los charcos.

Al llegar a su calle, sintió que las fuerzas le faltaban y la lluvia le borraba el camino a su de por sí miope vista.

Subió las tres escalinatas de la entrada y, antes de aplastar la yema de su dedo contra el timbre, se acordó del gato que llevaba rebotando bajo el brazo.

El pobre se había empapado de nuevo y sacudía la cabeza haciendo tintinear su collar. A Ginger no se le había ocurrido qué diablos era lo que iba a hacer con él.

Sus padres no la dejarían tener otra mascota y, menos, un gato. Su madre les tenía alergia porque soltaban demasiado pelo.

Un trueno volvió a viciar el sonido de la lluvia que repiqueteaba en la calle adoquinada y Ginger tomó su decisión: ella no tenía corazón para dejarlo ahí afuera en la tempestad. Quizá si lo escondía muy bien, en algún rincón de su habitación, su madre no se daría cuenta. Además, recordó que ese día tenía que hacer guardia en el

hospital donde trabajaba y que su padre tenía una cirugía programada para altas horas de la noche, así que...

Metió la bola de pelos en la cabeza de Escorpi, consciente de que no estaría cómodo. Sebastian siseó irritado.

—Shh, cállate solo será un momento.

Pulsó el timbre repetidas veces, sabía que con una bastaba, pero a ella le daba placer irritar a toda su familia mientras lo hacía.

Del otro lado de la puerta, se oyeron pasos apresurados acompañados por el repiqueteo de pezuñas y varios ladridos.

—¡Honey, perro malo, no arañes la puerta! ... ¡Gin! Santo Dios. ¡Mira cómo vienes cariño! Entra, qué esperas. ¿Que llegue Navidad?

La señora Kaminsky, o Kamy, la empujó dentro del calor de la casa. Ella era su niñera desde tenía uso de razón y, con los años, la señora se convirtió en parte de la familia.

A Ginger le fascinaba llegar a su casa y tener como recibimiento el olor dulzón de las galletas de mantequilla que se cocinaban en el horno, sentir el calor proveniente de la chimenea encendida en la sala y que «la hora clásica» saliera del viejo radio de su padre. En ese momento, sonaba la canción de Frank Sinatra, *Singin' in the Rain*, que era muy apropiada para la ocasión.

Mientras Kamy subía las escaleras en busca de una toalla caliente, Honey, el perro labrador de la familia que tenía su nombre por color miel de su pelaje, olfateó a Ginger frenéticamente. Debía percibir el olor de Sebastian.

Sebastian, a su vez, debía percibir a Honey porque los pelos de su lomo se erizaron y el perro comenzó a gruñir por lo bajo.

Cuando Kamy bajó con la toalla, trató de despojar a Ginger de su «uniforme».

—¡No! Es decir, no te preocupes. Yo me encargo, subiré a cambiarme.

—Como quieras —dijo Kamy con una mirada perspicaz—, pero no te vayas a resbalar, Ginger, por favor, tus padres ya tienen suficiente trabajo en el hospital como para atender otra pierna rota.

Ginger salió de cambiarse y, al abrir la puerta de su habitación, se encontró con Sebastian que estaba empapando el hermoso edredón rosa que cubría su cama. El gato se acicalaba tras las orejas con una pata que ensalivaba.

—Gato malo, bájate de ahí. —Lo ahuyentó con las manos y él fue hacia el piso.

Sebastian la observaba mientras ella iba de un lado a otro buscando en los cajones trapos viejos o rotos, sin embargo, solo que encontró viejas bragas agujeradas.

—... y, por favor, por ningún motivo quiero que salgas de esta habitación. ¿Entiendes?

...

¿Qué se suponía que iba a entender? Era un gato y no entendía la mayoría de las palabras humanas.

—... porque si mi madre te llega a ver, Dios, no sé ni lo que pueda pasar. —Se detuvo contemplativa—. No, sí sé. Estallará la Tercera Guerra Mundial —exclamó haciendo un ademán de explosión con sus manos.

Encendió la calefacción empotrada cerca del suelo y se arrastró con dificultad bajo la cama. Estaba claro que no servía para el ejército, pero tenía que cumplir con la peligrosa misión de hacer una camita para el gato con el montón de bragas.

Luego, llenó un tazón con leche y otro con agua y, por último, trajo una misteriosa caja de zapatos.

Se agachó frente a Sebastian y le inclinó la caja para que asomara la cabeza. Estaba llena de arena medio mojada y tenía una que otra hierba del jardín.

—Escucha: esto —señaló dentro de la caja con un dedo— es para que hagas tus necesidades. Ya sabes, eres un gato y los gatos escarban —hizo ademán de escarbar sin tocar la tierra— para hacer pis o hacer *poop* —Se levantó y volvió a escabullirse bajo la cama para colocar la caja—. Lo dejaré aquí y espero que recuerdes todo lo que te he dicho.

Sebastian pareció no entender una sola palabra, pero caminó cauteloso a la braga-cama, olisqueó el detergente con el que estaban lavadas, escarbó un poco para ahuecarlas, dio un par de vueltas alrededor de sí y se hizo un ovillo ronroneante y negro al envolverse con su cola.

Ginger lo observó un momento hasta que sus párpados pesaron como el plomo y se metió en la cama.

CAPÍTULO 2

No todo lo que maúlla

es un minino

la mañana, Ginger se despertó con el agradable sonido de las gotas de lluvia que querían traspasar el cristal de su ventana.

Con eso y con otro sonido.

Cuando la señora Kaminsky no tomaba sus pastillas para los ronquidos antes de dormir, pues... roncaba; pero ¡santo cielo!, esa vez superaba el límite de los decibeles. El sonido era demasiado intenso y rasposo, parecía que roncaba con todas sus fuerzas pulmonares o que...

De pronto, Ginger se abrazó a la almohada y la aprisionó contra su pecho. Con lentitud, asomó la cabeza al borde de la cama. Había una sábana tirada en el suelo sobre la que se podían distinguir dos bultos extraños.

Con mucha cautela, tomó la sábana de un extremo y la jaló hacia arriba para descubrir dos largas, velludas, desnudas y fuertes piernas que sobresalían por debajo de la cama.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaahhhhhh! —gritó Ginger y retrocedió sobre sus cobertores mientras se aferraba con las uñas a la almohada.

Sintió un golpe bajo en la cama que hizo levantar un poco el colchón del lado donde tenía su trasero. Se levantó tambaleante y trató de subirse a la cabecera de la cama. Parecía una damisela en una isla rodeada por tiburones.

—¡Auch!

Los golpes en la puerta la sobresaltaron.

—Ginger, ¿qué pasa ahí dentro? ¿Por qué gritaste? ¿Estás bien? —dijo Kamy con la voz amortiguada tras la puerta de madera.

—Ah... sí. Fue solo una cucaracha —tranquilizó.

Tremenda cucarachona, más bien.

—Ay, Ginger, pues máatala, corazón. Espero que no hayas despertado a tus padres, llegaron hace un par de horas.

—Está bien, yo me ocupo, Kamy.

Cuando los arrastrados pasos de Kamy se alejaron por el pasillo, Ginger volvió a asomarse por el borde de la cama, pero ya no había nada.

Era como si todo lo que sus padres le habían dicho sobre el «Coco» se estuviera volviendo realidad. Se asomó por las otras orillas, pero tampoco encontró algo.

Quería bajarse de la cama y salir corriendo por la puerta, pero tenía miedo de que, si lo hacía, alguien pudiera jalarle el pie y quisiera arrastrarla bajo la cama con quien quiera que estuviese ahí.

— ¡Oh, no!

Sebastian.

¡Sebastian estaba ahí! Se lo habían comido.

— Oh, Dios.

Ginger se estremeció de solo pensarlo.

Logró saltar hasta una silla cercana y tomar una larga regla de madera entre sus manos a modo de arma blanca. Aunque no lograra verse peligrosa, porque las manos le temblaban como maracas, le daba algo de fuerza mental.

Subió a su escritorio; la puerta ya la tenía a un lado. Luego, bajó un pie después de otro y, despacio, pegó la mejilla a la alfombra para ver bien qué diablos era lo que habitaba bajo su cama. ¿Acaso sería una bestia?

Todo lo que su miope vista logró ver desde esa distancia fue un ovillo de piel humana que apenas cabía ahí debajo y que se sobaba la cabeza. Aprovechando que el humanoide no le prestaba atención, Ginger se acercó a rastras, con la regla en mano.

Cuando estuvo más o menos cerca para que su arma alcanzara a «esa» cosa, le picó las costillas con la punta.

— ¡Ay! — el individuo dio un respingo y volvió a golpearse la cabeza con la base del colchón. Volteó y sus ojos se encontraron con los de Ginger, que enseguida se abrieron como dos platos de tamaño familiar.

Él salió de debajo de la cama y se movió hacia atrás con gran agilidad. Cuando se levantó, Ginger solo pudo verle de los pies hasta la mitad de las pantorrillas. Ella lo imitó y se levantó; no dio crédito a lo que tenía frente a sí.

Antes de que Ginger soltara la regla, que cayó con un rebote sordo sobre la alfombra, y se cubriera los ojos con las manos, lo vio; no hubo duda de que lo vio...

Había un hombre completamente desnudo del otro lado de su cama.

Por poco, ella se orina por el miedo.

— ¡Dios mío! — exclamó. ¿Qué otra cosa podía hacer más que invocar a Dios?

— ¡Lo siento! — el hombre retrocedió más y se topó con una cortina púrpura de diseño floral que usó como toga romana para cubrirse los atributos masculinos... esos que ya sabemos cuáles son.

— ¿Quién diablos eres tú? — preguntó Ginger mientras se tapaba los ojos con una mano y con la otra tanteaba el piso en busca de la regla.

— ¿Yo? ¡Yo soy yo!

— Ah, no me digas — dijo en tono sarcástico—. Pues será mejor que salgas de aquí

antes de que te muela a palos –se acercó lo más amenazante que pudo y blandió la regla con ambas manos como si fuera un bate de béisbol.

El hombre, cuando vio que ella estaba más cerca, extendió una mano como escudo y suplicó por su vida.

–¡No, por favor!

–¿Por favor? ¿Cómo te atreves a decir «por favor»?

–Diablos. ¿Qué te pasa? ¿Tienes memoria de pez? ¡Soy yo! Recuerda, demonios. Me recogiste ayer. Soy Sebastian.

«Sebastian. Sebastian. Sebastian».

A Ginger se le paralizó la sangre, se le coaguló y luego se le secó.

Estaba petrificada.

Confundida.

Acorralada.

No estaba segura de poder creer semejante cosa; la parte racional de su cerebro se aferraba a negarlo y a salir corriendo para pedir por ayuda, sin embargo, Ginger era demasiado incrédula y fácil de influenciar.

Aun así, no había forma racional en la cual pudiera creerle a ese sujeto. No obstante, algo en el cerebro de Ginger hizo clic; una neurona se conectó con otra y en una milésima de segundo recordó el día de ayer.

La bola de pelos que huía del carnicero, la bola de pelos que la miró de forma penetrante, la misma bola de pelos que acarició, la que se le restregó en la pierna mientras ronroneaba, la que acogió en su casa de contrabando y le explicó todas aquellas cosas vergonzosas de la caja de arena: ¿Cómo le dijo? Ah, sí. Pis y *poop*.

Sus mejillas se encendieron y luego, jadeante, se fijó en la fina cadena de oro que colgaba de su cuello. El óvalo descansaba en el hueco entre sus dos clavículas.

«Sebastian».

–Soy yo –repitió.

Su profunda voz distaba mucho del maullido agudo con el que lo había conocido. Ginger levantó la vista y lo miró a la cara. Casi le da una segunda era de hielo en la sangre al ver lo embriagadoramente atractivo que era.

Aún lucía rasgos felinos, sobre todo, en la forma de sus ojos, en su intenso color azul –en el que cualquiera podría ahogarse feliz–, en la intensidad de su mirada y, principalmente, en el cabello: negro azabache, brillante a contra luz y de apariencia suave. Ginger se preguntó si sería igual que el pelaje del gatito si enterraba la mano en

él.

La era de hielo se derritió y dio paso al calentamiento global en sus mejillas. Soltó la regla y se llevó una mano a la frente. Arrastró los pies hasta el borde de la cama, necesitaba sentarse para no desmayarse en el suelo.

—Eres tú —susurró con la vista perdida en algún remolino de la alfombra.

Sebastian observó en silencio el debate interno que tenía Ginger. Luego de un momento de pensamientos implícitos en el aire, ella levantó sus ojos verdes y lo miró. Dijo algo que dejó a Sebastian desconcertado.

—Yo que tú, me quito de ahí.

Sebastian frunció el entrecejo, confundido.

—¿Por qué lo dices? —preguntó, cauteloso de la respuesta.

—Porque todo Londres está viendo tu trasero.

Sebastian apretó más la cortina contra su cuerpo y miró por encima de su hombro.

Tras de sí, había una ventana. No, no era una ventana. ¡Era un monstruoso ventanal del infierno y su trasero estaba pegado al cristal como una mejilla!

Alarmado, lo primero que hizo fue mirar hacia la banqueta. Sus pulmones se desinflaron de alivio cuando comprobó que no había moros en la costa: ni autos ni personas ni nada...

Hasta que dirigió la mirada hacia las escalinatas de la casa y vio a la mujer del correo con la mandíbula desencajada, con los ojos salidos de sus órbitas y con la correspondencia suspendida en el aire, a medio camino de entrar en el buzón.

Sebastian se dio la vuelta hasta quedar enrollado en la cortina. Merecía el premio mayor a la vergüenza.

Ginger intentó con todas sus ganas contener la risa, pero no la pudo controlar y se convirtió en una carcajada que trató de amortiguar contra una almohada.

Sebastian gruñó y soltó un par de palabrotas.

—Maldición, no puedo vivir así —murmuró para sí mismo— ¿No tienes ropa que me prestes? No sé, de algún hermano, padre, novio...

Ginger hizo una mueca al oír esa última parte... «Novio»: era la palabra que más le gustaba y la que menos usaba, porque no tenía.

¡Qué mundo tan cruel!

—Veré que puedo hacer, pero eres más alto que mi papá, así que no prometo la gran cosa.

—Sí, sí. Lo que sea, pero que sea ahora... por favor.

Ginger sonrió enternecida.

Sebastian era grande y delgado, pero musculoso. Tenía una espalda que parecía entrenada para patear traseros en el *rugby*. Además, su apariencia era la de un chico malo, de esos que dicen: «Tú. Yo. A la salida. Te espero. Madrazos» y, sin embargo, era indefenso como un gatito.

Después de dejar a Sebastian cambiándose en el cuarto y advertirle, de nuevo, que no se le ocurriera siquiera mirar fuera del pasillo, Ginger bajó a desayunar.

Al pie de la escalera la esperaba Honey, meneaba la cola con ahínco, aunque adoptó una actitud más cautelosa al olfatear su pierna. De seguro debía notar el olor gatuno que desprendía la piel de Sebastian.

—Chist, no vayas a delatarme Honey. —Le dio unas palmadas en la cabeza y entró en el comedor.

Adentro, sus padres ya estaban sentados a la mesa, cosa que no le sorprendía porque así era su ajetreado ritmo de vida: trabajar mucho, dormir solo dos segundos, desayunar, trabajar y adiós.

Su padre estaba en la cabecera del comedor, frente a la chimenea, oculto por el *Times* y bebiendo de su taza de café. Su madre, por otro lado, enviaba mensajes de texto donde de seguro avisaba de que llegaría en quince minutos a la cirugía programada que tenía en el hospital.

No notaron a Ginger hasta que arrastró la silla para sentarse.

—Buenos días, cielo —dijo su madre con una sonrisa dulce.

Su padre bajó el periódico un momento y la saludó con un gesto que hizo al levantar su taza de café tamaño familiar.

—Vaya, ya era hora de que la bella holgazana se despertara. —Entró Kamy con una bandeja plateada y le ofreció a Ginger un plato con melón y miel—. ¿Pudiste eliminar a la cucaracha?

Ginger casi se atraganta con el pedazo de melón:

—Cuca... ¿cucaracha? —repitió—. Ah, sí. Debiste verla, era enorme.

—Kamy, ¿hay cucarachas en la casa? —preguntó la madre de Gin con la cara horrorizada.

—No lo creo, nunca me he topado con ninguna.

—Loren, tranquilízate, no te van a comer viva, pero en todo caso llamaré a un

exterminador – dijo su padre en tono distraído sin bajar el periódico.

–Derek, ¡no es cualquier cosa! ¿Qué tal si uno de esos bichos muerde a Ginger? Todavía no supera todas sus alergias...

Cielos, ¿las cucarachas mordían? Ginger no lo sabía, pero la verdad era que no le tenía miedo los bichos; es más, hubo un tiempo en que los coleccionaba, muertos, bajo su cama. Si su madre se hubiera enterado: bienvenida, Tercera Guerra Mundial.

La tenían encerrada en una bola de cristal, esterilizada y al vacío, que funcionó mientras era una niña, pero ahora, con casi dieciocho, le acarrea problemas.

Todavía no había dado su primer beso, todavía no tenía novio, todavía era virgen y todavía no podía encajar en ningún lugar ni sentarse en una mesa de la cafetería con alguien a quien considerara su amigo.

Entonces recordó al tipo que escondía en su habitación.

A Sebastian.

Tenía muchas preguntas que hacerle y no sabía por dónde empezar. ¿Cómo es que se evoluciona de gato a humano en una sola noche? ¿Los humanos vendrían del gato y no del mono?

Cielos, vivía engañada. Maldita escuela.

Mientras pensaba en todas las posibilidades sobre el origen del mundo y la inmortalidad de las cucarachas, Ginger se sobresaltó. Su madre le dio un beso de despedida en la frente y su padre le revolvió el cabello como si fuera un niño. Con algo de suerte, no los vería hasta la mañana siguiente, tenía tiempo suficiente para pensar en qué hacer con el chico que estaba en su habitación.

Momento...

¡Había un chico en su habitación! ¡Uno de verdad! ¿Por qué no lo había pensado antes? Impulsivamente, se miró el pecho; todavía llevaba puesta su enorme pijama rosa de los *Care Bears*. Alargó el cuello hasta verse en el espejo que estaba sobre la chimenea y se horrorizó con lo que vio.

Su cabello era un desastre. De un lado, parecía que tenía un nido de avestruz y, del otro, parecía que la había lamido un camello.

Se levantó de un salto y dejó el melón a medias, luego, corrió al baño más cercano. Sabía que no conquistaba ni a su perro, pero no podía permitirse que un chico tan guapo como Sebastian la viera en esas fachas.

Trató de alisarse el cabello con un poco de agua del grifo, se sonó la nariz, lavó sus dientes hasta que las encías se le enrojecieron y, como no podía subir a su habitación

vestida de esa manera, corrió al cuarto de lavado. Revolvió con frenesí la ropa limpia que estaba en el cesto hasta que dio con unos pantalones de mezclilla ajustados, con una blusa de tirantes de color azul y con un suéter rosa con el cierre en la parte de adelante.

Ginger se escabulló en la cocina donde Kamy tarareaba *London Bridge is Falling Down* y logró rescatar el melón que no se había comido del refrigerador.

—¿Qué haces?

Sebastian la miró por encima de su hombro, tenía un bigote de leche embarrado en la cara. Luego se giró y dejó ver el tazón que Ginger le había dejado la noche anterior, bajo la cama.

—Me moría de hambre —explicó.

Ginger cerró la puerta tras su espalda y sonrió con ternura, seguía pareciendo un gato hasta por la forma que tenía de encoger los hombros.

—Eso no es comida. Mira —le extendió el plato con melón—, traje esto para ti.

Sebastian se acercó con un caminar lento, felino, elegante, preciso. Tomó el plato, lo olisqueó un poco y lo aceptó.

—Vamos, no seas quisquilloso.

—No lo soy, me cuido de no comer cosas envenenadas —al notar la ofensa en esas palabras, añadió—. No digo que esto esté envenenado, es solo que —se embutió un pedazo de fruta y habló con la boca llena— me ha tocado comer ratones envenenados...

Al ver la cara de horror que puso Ginger, se detuvo a media frase. Sebastian se sentó en una silla, con asiento de peluche de color rosa, que contrastaba de forma ridícula con su masculinidad.

Ginger se tumbó en la cama, sobre su estómago, y recargó su barbilla en las manos. Lo observó atiborrarse de comida, tan fascinada como si estuviera contemplando los fuegos artificiales de Disneyland.

Y es que, lo era todo.

Cada gesto que hacía, por más pequeño que fuera, Dios, era como ver a una pantera. La forma en la que se lamía el labio superior para limpiarse los restos de melón, su mirada de satisfacción y de concentración al comer, la...

De pronto, notó que la ropa le quedaba un poco corta, en particular, la camisa de manga larga.

Oh, la lá.

La tenía ceñida a los músculos de los brazos, a los hombros anchos, al pecho, al *six-pack* del abdomen, a todo. Solo le faltaba ver qué tal tenía la espalda. Ginger rio por su pensamiento, probablemente, estaba muy bien...

¡Y no! Ya basta.

Ginger sacudió la cabeza. Se estaba distraendo con cosas que jamás hubiera pensado que su mente era capaz de proyectar.

Sebastian terminó de comer con una felina sonrisa en sus sonrosados labios y dijo:

—Gracias, es lo más delicioso que he probado desde... pues, desde siempre.

Se palpó el estómago como si estuviera a punto de reventar cuando en realidad lo notaba más plano que nada.

—Sebastian, he querido preguntar —comenzó en un tono demasiado formal, muy típico de Ginger—. ¿Cómo es que tú...? Bueno, ya sabes...

—Al grano, Gina...

—Ginger —corrigió.

A ella la invadió la vergüenza y Sebastian notó que era muy tímida. Él se levantó de su silla y caminó hacia el ventanal. Sí, así es, hacia el ventanal. No le guardaba rencor, después de todo.

—¿Quieres saber por qué era un gato, pero amanecí como un humano? —preguntó mientras miraba al exterior, ahora transitado. Quiso ahorrarle a Ginger el sufrimiento de tener que hablar.

—Sí —contestó en voz débil. Temía que él no quisiera contestar en caso de que la historia fuera desagradable o que el pasado lo hiciera llorar.

Sí, como no. Ni que fuera ella.

Él se recargó contra el helado cristal y cruzó los tobillos de manera perezosa. Ginger ganó una vista panorámica de su trasero y pensó que estaba como para comérselo.

¡Santo Dios! ¿En qué estaba pensando? Inevitable, pero cierto.

Se obligó a prestarle atención mientras él contestaba.

—Solo sé que ha sido así desde siempre —empezó con un rastro casi imperceptible de nostalgia en la voz.

—¿No lo recuerdas?

Sebastian negó con la cabeza y volteó hacia ella, sus ojos destellaron con el reflejo de la luz.

—No lo entiendo —dijo Ginger un poco más suelta—. ¿Por qué cambias? ¿Tiene que

ver con la luna? ¿Alguna fecha en especial? ¿Es tu cumpleaños? ¿El calentamiento global? ¿Es la maldición de los doce horóscopos chinos? ¿Eres un transformista?

Sebastian no podía entender nada de lo que decía a causa de lo rápido que hablaba. Al final, no pudo contener la risa y agitó la mano en un gesto de negación.

—¡Pero qué imaginación! No, no, nada de eso —respondió cuando ella hizo silencio—. Me tomó casi toda la vida descubrir lo que me hacía cambiar. Pensé en todo lo que has dicho, pero, al final, solo es una cosa. —Miró al exterior, al cielo, donde las nubes lloraban y sus lágrimas caían sobre la banqueta—: Es el agua.

Ginger no dio crédito. De todas las cosas vudúes que se le habían ocurrido, ¿el agua era la respuesta? Ay, por favor, eso era... ¡Ridículo!

Hizo un gesto escéptico.

—¿Cómo puede hacerte eso? Si es tan...

—... inofensiva —concluyó él.

Ginger se sentó al filo de la cama, expectante. Nunca esperó que Sebastian la imitara y se acercara a la cama para sentarse junto a ella. Estaban tan cerca que sus muslos se rozaron. Ella sintió que su espacio estaba siendo violado, jamás de los jamases un chico se le había aproximado de esa manera; no sabía que el simple roce de la tela de su ropa con la de Sebastian pudiera desatar semejante cóctel de sensaciones dentro de su cuerpo.

Sebastian puso las manos hacia atrás, enterrándolas en el colchón, y miró las molduras del techo que estaban alrededor del pequeño candelabro de la habitación de Ginger.

—Sucedecada vez que llueve y yo no me refugio. ¡Puff! En un momento estoy comiendo un *hot dog* —ahuecó su mano con la forma de un *hot dog* invisible— y al otro... —inclinó la mano, como si dejara caer el *hot dog*— estoy en cuatro patas sobre un charco.

Ginger se fascinó con la escena que se formó en su mente. Se imaginó a un Sebastian pequeño convirtiéndose en un gatito indefenso que no podía caminar, con los ojos cerrados, sin que se le hayan abierto aún, arrastrándose por algún callejón mugroso y húmedo.

Miró su ancha espalda y tuvo el desesperante impulso de frotar una mano en ella para consolarlo por todas esas veces que había llovido. Hasta donde sabía, Londres era la ciudad más lluviosa del mundo, lo que significaba un montón de transformaciones a lo largo de su vida.

—Si el agua te hace cambiar cómo regresas a... ser tú.

—¿Tú que crees? —preguntó.

Giró los ojos hacia ella, tenía la mirada sensualmente afilada y una sonrisa en los labios. Dios, ella no lo pudo soportar. A Ginger se le nubló la conciencia por un momento.

Se dio unos golpecitos en la barbilla con el dedo y torció la boca, algo que siempre hacía durante los exámenes de matemáticas.

—Veamos, si el agua te moja, te conviertes. Y lo contrario...

—Ya estás cerca —dijo él, como si pudiera oler lo que ella estaba pensando.

—Lo seco.

—¿Cómo dices? —inquirió.

—Vuelves a tu forma humana una vez que te secas —respondió.

Los ojos de Ginger brillaban de emoción, la misma emoción que le producía ser la primera en resolver los dichosos problemas de matemáticas... que después le copiaban como buitres de carroña sobre un bisonte muerto, claro.

—Por eso, anoche, cambiaste porque... —miró la calefacción empotrada entre la pared y el piso—, porque yo encendí la calefacción y te secaste más rápido —culminó enarcando una ceja—. ¿No es así?

Ambos bajaron la vista y se dieron cuenta de su posición. Mientras Ginger hablaba, no se dio cuenta de que, de forma inconsciente, se inclinó más y más sobre Sebastian. Lo dejó al borde de estar tumbado sobre la cama.

Movido por la inercia, sus ojos aterrizaron justo en los labios entreabiertos de Ginger y cuando su cerebro logró entender lo que su cuerpo quería hacer se disparó la alarma contra incendios que se imaginaba había en su interior y retrocedió.

—Vaya... eres... —carraspeó— muy lista.

«Muy bonita», pensó.

Ginger tardó más tiempo en reaccionar y, cuando lo hizo, se sonrojó hasta el cuero cabelludo. Se levantó de un salto, buscó sus gafas con la idea de ocultar su rostro. Luego, comenzó a ordenar con torpeza el basurero que era su habitación, como si así pudiera construir un escudo protector entre ellos.

Porque él la afectaba.

Su mirada profunda la afectaba como no tenía idea.

—Y dime —pronunció Ginger mientras se retiraba un mechón de la cara al agacharse para recoger una camiseta—; si sabes que el agua te hace ser gato, ¿por qué

no te compras una sombrilla o tratas de evitarla?

En ese momento no veía la expresión de Sebastian, pero pudo sentir que su rostro se torció con una mueca.

—No es tan fácil. Tarde o temprano también tengo que bañarme, ¿no? Eso no es algo que me guste hacer. Si las cosas fueran diferentes para mí, sería sencillo quedarme horas bajo una ducha, por el simple placer de que el agua caliente relaje mis músculos... Pero no lo son, así que odio el agua, tanto como los gatos de verdad.

CAPÍTULO 3

Agua

Era poco más de mediodía y la señora Kaminsky había salido a hacer unas compras, por lo tanto, Ginger estaba sola.

Con Sebastian. Que era un chico.

Un chico.

Le gustaba pensarlo y hacer gestos desdeñosos frente al espejo.

—Oh, ¿Qué dices Keyra? ¿Qué mi «novio» está más bueno que el tuyo? —Se abanicó con la mano—. Ji, ji, ji. Pues sí. Está más bueno que un chocolate caliente.

—Ginger ¿Irás a tardar mucho? —la voz impaciente y amortiguada de Sebastian sonó al otro lado de la puerta del baño principal y la sobresaltó.

—No. ¿Por qué? ¿Quieres entrar? —preguntó.

Ay, Dios. Mejor tendría que haber dicho: «¿quieres entrar *después* de mí?».

—No, pero es que... ¡Auch! Tu perro no deja de amenazarme de muerte.

La situación estaba así: tratar que Sebastian saliera de la casa era como intentar meter a un gato en la bañera.

Y, en ese momento, tenía las manos aferradas al umbral de la puerta con mucha fuerza.

—Sebastian, esto es ridículo, los vecinos están mirando hacia acá —regañó Ginger—. Sal de una vez. ¿Acaso no estás aburrido de estar encerrado todo el día en mi habitación?

—¿Estás loca? ¿Qué tal si llueve? ¿Eh?

—Acaba de llover. No volverá a pasar hasta dentro de muchas horas —tranquilizó.

—Solo mira esa nube. —Señaló una gigantesca masa irregular de color gris que estaba en el cielo.

De pronto, Ginger se acordó de algo que no le había preguntado antes y se sintió desconsiderada por no haberlo hecho antes.

—¿Te duele al cambiar?

Él la miró por encima del hombro:

—No, creo que no... —respondió—. No lo sé, ni siquiera me doy cuenta hasta que noto que todo me queda a dos metros de distancia sobre la cabeza.

Eso debía ser muy raro.

Ginger estaba detrás de Sebastian y, detrás de Ginger, estaba Honey. El perro aprovechó que Sebastian zafó un brazo del umbral para lanzarse sobre su dueña con sus dos patas delanteras. Por inercia, Ginger chocó con la espalda de Sebastian y lo hizo caer por las escalinatas... arrastrándola a ella también.

Ginger quedó apretada entre un charco que le mojaba la espalda y el pecho de Sebastian.

—¿Qué pasa contigo? ¿Por qué siempre tienes que ser tan agresiva? —cuestionó él.

—¡Fue Honey! Además, yo no soy... —Sebastian se movió un poco, solo un poco, pero fue lo justo para que Ginger sintiera toda la firmeza de su cuerpo.

Se mareó.

Honey comenzó a ladrar con aire burlón. El corazón de Ginger latió a tal velocidad que sabía que él lo podría notar a través de la ropa.

Ella colocó las manos en los hombros de Sebastian y le dio empujones.

—Quítate, ¡quítate!

Él se apartó mientras se sobaba la parte baja de la espalda, luego le tendió la mano a Ginger para ayudarla a levantarse. En algún pequeño lugar, dentro de sí misma, estaba harta.

Harta. Harta. Harta.

Harta de que cada cosa que pasaba con Sebastian la hiciera perder la conciencia, el control de sí misma. Le molestaba porque era terreno desconocido para ella: la chica genio se sentía estúpida por primera vez en su vida.

La mano de Sebastian era como un guante para la mano de Ginger. Encajaban como las dos últimas piezas de un rompecabezas. Tenía el tamaño justo: la de él era grande y cubría por completo a la pequeña mano de ella.

Él carraspeó y se soltó para luego meter las manos en los bolsillos del pantalón y caminar hasta la banqueta.

– Bien, ya estoy afuera, ¿y ahora qué?

Ginger regresó por la correa de Honey, y tras cerrar la puerta con llave, caminaron por la acera.

La casa de Ginger estaba sobre la calle Downing. El palacio de Buckingham estaba tan cerca que su familia y la reina Isabel II eran vecinas. Aunque, claro, nunca tocaban a la puerta del otro para preguntar si tenía una taza con azúcar que prestarse, ni le dejaban encargado a Honey cuando la familia salía de viaje, ni invitaba a su madre a tomar el té de las cuatro mientras se pasaban los chismes de la loca duquesa de York.

Alrededor de ella se encontraba el parque de St. James, el Big Ben, el legendario puente de Londres, la abadía de Westminster y un puñado de jardines, teatros y museos; pero a pesar de todos esos lugares, Ginger no sabía a dónde ir con un chico.

Doblaron en la calle King Charles hasta entrar en el parque St. James donde Ginger soltó a Honey para que olfateara con libertad.

Mientras Sebastian lo veía alejarse con la nariz pegada a las hojas caídas, deseó en silencio que se perdiera y nunca volviera: los perros lo ponían nervioso y huraño. Honey no era la excepción.

Sentado en el lado más seco de una banca, Sebastian esperaba.

Había pasado una semana entera. Con sus siete días y seis medianoches. Una semana entera como un gato. Y, bueno, ¿qué esperaba? No paraba de llover y llover y llover... y llover.

Bien, tampoco era para quejarse, estaba más que acostumbrado, pero ¿en qué estaba pensando? ¿Dejar que una desconocida con disfraz de camarón lo recogiera como si fuera un peluche abandonado?

¿Por qué simplemente no la atacó como pensaba hacerlo al principio? ¿Por qué no saltó y la arañó en la cara? La respuesta era sencilla: quería que lo sacara de ahí.

Abrió los ojos, hasta ese momento los había mantenido cerrados; la luz que se colaba de manera intermitente entre las hojas de los árboles lo cegaba. Un poco más allá, vio la espalda de Ginger. Ella hablaba con el dueño de un carrito de *hot dogs*. A pesar de ser alta, su complexión era muy menudita y parecía que su pelirrojo cabello la quemaba como fuego en su piel de fantasma.

Sebastian pensó que era muy flacucha y que daba tropezones constantemente con cualquier diminuto relieve en el cemento demostrando su grado de arritmia. Además, casi no tenía pechos —sí, hasta en eso se fijó—.

Pero hace un rato...

Y en la mañana...

—¿Un *hot dog*?

Sebastian parpadeó cuando se dio cuenta de que frente a su nariz se extendía el alargado alimento. Ginger se hizo espacio en el lado seco del asiento empujando un poco la cadera de Sebastian con la suya. Luego apuró una mordida en su *hot dog*.

—Mmm... El tuyo tiene mostaza. Espero que te guste la mostaza. El mío es de salchicha vegetariana y no tiene mostaza porque soy alérgica a ella —comentó—. Bueno, la verdad es que soy alérgica a la mayoría de los alimentos y debo visitar seguido al nutricionista. Lo odio, no me deja comer nada y ni siquiera puedo hacer deportes porque me desmayo, por eso estoy exenta de esa clase en la escuela, lo que es genial; pero, por desgracia, no puedo ver a los jugadores y...

Sebastian se presionó ambas sienes.

—¿Siempre haces eso?

Ginger lo miró desconcertada con el *hot dog* a medio camino de su boca.

—¿Hacer qué?

—Hablar y hablar cuando te emocionas.

—Yo... —tuvo que desviar la mirada a su regazo, los ojos de Sebastian estaban cegadoramente más azules a la luz natural— es que... es agradable hablar con alguien y saber que te escucha. —Su voz se fue apagando, sospechó que había dejado entrever el suicidio social que había sido su vida.

—¿Te refieres a que no tienes amigas como esas que se cuelgan en el teléfono hablando horas y horas?

Ginger sacudió la cabeza:

—No solo no tengo de esas, es que no tengo de ningún tipo —admitió.

Sebastian no pudo evitar sentir pena a causa de esa declaración. Deseó haberla conocido antes para poder ser su amigo; pero, contra el pasado, no se podía hacer nada.

Sintió que era el único que podía darle consuelo. Apoyó su mano en la de ella y dijo:

—¿Y yo qué? ¿Acaso no cuento como amigo? —sonrió.

Ginger no podía procesar esas palabras.

—¿Tú? Pero... te acabo de conocer, hace un día.

—Un día, dos segundos, veinte años, eso no importa. Para ser amigos no hay reglas, Ginger.

Los ojos de Ginger ardían por las lágrimas que no entendía por qué querían salir tan de repente. Hizo un enorme esfuerzo por mantenerlas a raya y sonrió hasta que sus labios se ensancharon del todo. Sebastian experimentó una sensación extraña que lo pasmó. Fue como si la sonrisa de Ginger fuera capaz de iluminar todo Londres en la noche.

Durante el camino de regreso a casa, Ginger encontró a Honey y le volvió a colocar la correa: ese acto irritó a Sebastian. Ambos, perro y humano, se fulminaron con la mirada como los eternos enemigos que eran.

—He querido saber, si no te molesta contestar...

Sebastian puso los ojos en blanco:

—Ya deja de ser tan formal, por favor, siento que me está hablando la reina.

Ginger se lo tomó como un cumplido y se sonrojó; pero prosiguió:

—Está bien... Emm, amigo. —Esta vez habló como una chica «mala» y le dio un puñetazo a Sebastian en el brazo.

—Demasiado informal... y agresiva. Solo sé tú misma.

Ginger tomó aire y lo volvió a intentar:

—¿Qué haces cuando no estás ocupado cazando ratones? Me refiero a cuando eres humano... ¿Dónde vives? ¿Con tus padres?

Él se adelantó a patear una piedra que sabía que Ginger no vería y que podría lastimarla, aunque, de todas formas, ella se golpeó el dedo con otra. ¡Sebastian no podía contra las fuerzas oscuras de las piedras del mundo!

—Nunca he sabido nada de mis padres —dijo mientras intercambiaba lugares con Ginger, el suyo estaba menos infestado de piedritas—. La señora Lovett me rescató cuando tenía cinco años.

—¿La señora Lovett? ¿La que tiene cincuenta gatos viviendo en su casa y que falleció hace unos años?

—La misma. En ese momento yo tenía el tamaño de un gato bebé, pero ya había abierto los ojos y podía caminar más o menos bien. Cuando me secó con una secadora para el cabello y volví a ser humano...

—¡Te botó de nuevo!

—No, ¡qué va! Me adoró como si fuera un dios gato egipcio. Mi condición no la sorprendió. Hasta creyó que todos sus gatos eran iguales a mí, los bañaba todos los días porque esperaba que se convirtieran en humanos; pero esa es otra historia, créeme, no quieres saber. Los terminó por matar a todos de un resfriado.

Ginger se rio, muy a pesar de los gatitos.

—Todo el mundo cree que está loca —siguió Sebastian—, pero no es cierto... bueno, un poco tal vez... Sin embargo, es una buena persona. Se encargó de mi educación, aunque debo decir que no asistía mucho a la escuela porque siempre llovía y su sombrilla tenía varios hoyos. —Suspiró—. Sin embargo, aprendí que es más fácil ser un vago cuando eres un gato, tienes menos necesidades.

A Ginger le dolió que, de cierta manera, reconociera que le gustaba ser un animal. Tal vez, quisiera irse pronto y regresar a su vida de antes, dejándola a ella sin...

Sin un amigo.

Una gota cayó en la nariz de Sebastian y se alteró.

—Ay, no. No otra vez —se pegó a una pared y miró al cielo.

—¿Qué pasa?

—¡Va a llover! —el terror y la angustia se reflejaron en sus ojos.

Ginger alzó la barbilla al cielo y sacó la lengua, como si quisiera capturar alguna gota.

—Claro que no. Solo estás un poco...

Un trueno hizo vibrar los cristales de las casas y, de inmediato y sin previo aviso, se soltó una lluvia torrencial.

—Diablos. —Ginger se apresuró a sacar las llaves de su casa y se agachó hacia su perro—. Honey, como te enseñé. ¡Toma las llaves y corre lo más rápido que puedas a la casa! ¡Corre!

El perro, obediente, salió disparado con las llaves que tintineaban en su hocico. Ginger se apresuró a quitarse el suéter y se lo puso a Sebastian sobre la cabeza.

—Olvídalo, ya es tarde.

—Ni loca. —Le tomó la mano y se la apretó con fuerza para luego jalarlo—. Agacha la cabeza y corre, yo te guío. Confía en mí.

Ginger corrió como una desesperada. Le había dicho a Sebastian que confiara en ella, pero ella no podía confiar en su vista... Se le había metido agua en los ojos y eso le impedía tener una visión clara.

Tuvo que guiarlo con los ojos cerrados; al menos ella se sabía el camino de memoria. Logró parpadear y deshacerse un poco del agua. No estaban lejos de la casa, pero ella ya iba demasiado empapada. La blusa se le transparentaba y sus zapatos crujían mientras emitían un sonido de succión por el agua que había dentro de ellos.

Era Sebastian el que ahora le apretaba la mano a ella con mucha fuerza.

—Ya casi llegamos, solo aguanta...

Faltaban tres casas para llegar y Ginger pasó de sentir calor a tener los dedos fríos por la lluvia. Se detuvo en seco. Las gotas caían más cargadas, con más furia. Miró su mano vacía y luego miró por encima de su hombro.

Sebastian ya no estaba.

CAPÍTULO 4

Bola de pelos

E
l suéter rosa estaba hecho una bola empapada sobre la banqueta. El agua había oscurecido la tela y la había cambiado de un rosa palo a un rosa intenso. Ginger se acercó a él y cayó de rodillas; no le importaba la lluvia.

Levantó el extremo de una manga y encontró a un precioso gato negro, hecho un ovillo sobre sus cuatro patas, con el pelaje apelmazado por el agua. Debajo de él estaba la ropa de su padre.

—Se... Sebastian —susurró con la voz a medio quebrar.

Él la miró con esos enormes ojos azules y las pupilas tan dilatadas que se veía adorable e indefenso.

—Miaaaaauuuu.

—Lo siento tanto —se disculpó.

Sebastian se levantó y apoyó sus patas delanteras en las rodillas de Ginger. Las almohadillas de sus patitas estaban muy frías. Ella lo levantó y lo cargó sobre su hombro, después, lo cubrió con el suéter. Sabía que más mojado no podía estar.

Al llegar a las escalinatas, la puerta ya estaba abierta. Honey los esperaba echado

sobre su estómago, movía su cola a pesar de estar empapado.

En cuanto vio a Sebastian, gruñó y este a su vez siseó.

— ¡Tranquilos los dos! — reprendió Ginger.

Cerró la puerta con el talón y subió a su habitación dejando un rastro de pisadas de agua. En cuanto lo bajó al suelo, Sebastian se sacudió desde la cabeza hasta la cola. Luego se apuró a acicalarse.

Si antes Ginger dudaba de algo, ahora sabía que todo era cierto. ¡No podía creer que lo aceptaba!

Miró las patas de Sebastian y soltó un suspiro de nostalgia. Esas patas hacía unos minutos eran manos y dedos que ella misma había sostenido. No podía soportar que algo así fuera verdad.

Pronto, ella estornudó y supo que era hora de cambiarse. Sacó ropa seca del ropero, encendió la calefacción, encerró a Sebastian en su cuarto y ella se metió a bañar.

Cuando salió y estuvo de nuevo frente a la puerta de su habitación, el corazón le latía con rapidez y fuerza.

Imaginó el perfil de Sebastian recargado contra su ventana; pero al abrirla solo encontró a una bola de pelos que veía por el ventanal. Soltó un suspiro, se acercó y se sentó junto a él mientras se abrazaba las rodillas.

Sebastian la ignoró hasta que ella le rascó tras las orejas y él comenzó a ronronear con fuerza. Ginger puso un dedo bajo su cuello, le gustaba sentir la vibración que emitía cuando ronroneaba.

Sebastian estaba encantado, ¿qué gato no lo estaría? Si había algo que ellos amaran más que a la leche, eso era que los acariciaran y, si había algo más divertido que una caricia, esas eran las bolas de estambre.

Y, en ese momento, la blusa de Ginger tenía un hilo suelto. Sebastian no se pudo resistir, sus pupilas se dilataron y su trasero se meneó para lanzarse y jugar con el hilito. Sin poder controlarse, clavó las garras justo en la tela del pecho derecho de Ginger y se atoró cuando intentó zafarse.

— ¡Eres un perverso! — Le aporreó la pata. Ginger tuvo que intervenir. Jaló su blusa de un lado y la pata de Sebastian hacia el otro.

Él corrió asustado y se ocultó debajo de la cama, asomó sus brillantes ojos a través del edredón que colgaba.

Ginger salió hecha una furia y azotó la puerta. Sebastian la escuchó revolver en el interior de algún cajón de la habitación contigua y luego oyó sus pasos de regreso.

Vio su cabello descender hasta la alfombra: estaban cara a cara.

– Ven, Sebastian. – Chasqueó los dedos – . Bichito, bichito.

Él, como siempre que pasaba cuando era un gato, no entendía casi nada de lo que decían; pero el sonido que Ginger hacía al decir «bichito, bichito» le pareció atractivo. Se acercó cauteloso. Temía que ella pudiera tenderle una trampa y quisiera hacerle una vasectomía con una navaja para depilar los vellos de las piernas.

Cuando tuvo medio cuerpo fuera de las profundidades abismales de la cama, Ginger lo tomó del pescuezo y lo sentó en su regazo con firmeza.

Y luego, Sebastian escuchó el sonido más horroroso del mundo.

Volteó y comprobó que el ruido venía del arma más horrorosa y mortal del mundo: la secadora para el cabello. Trató de zafarse, maulló, se revolvió, crispó el lomo, sacó las uñas; pero Ginger no lo soltó, lo tenía bien asido.

– Tranquilo, Sebastian – le susurró con una dulce voz casi inaudible a causa del alarido de la secadora – . Solo quiero que regreses.

– Maaaauuu – bramó.

– Solo vuelve – pidió.

Una campanita tintineó en el cerebro de Sebastian y se quedó quieto al instante.

«Vuelve».

Esa palabra la entendía tan bien como a su nombre. Se quedó sentadito sobre las arañadas piernas de Ginger y se las arregló para lamerle los dedos que agarraban su cuello.

Ginger se rio por lo bajo.

– Tienes la lengua rasposa, me haces cosquillas.

Solo faltaba una parte de su lomo por secar, el resto ya estaba suave y esponjado que Sebastian parecía un gato gordo.

Apuntó la boquilla de la secadora al área que faltaba y... las cosas sucedieron en cuestión de milésimas de segundo.

Sebastian comenzó a hacerse más y más pesado. Donde había abundante pelo, ahora había una fina capa de vellos oscuros. Donde antes había dos pares de tiernas y cortas patitas, ahora había dos largos y musculosos brazos, y dos poderosas piernas. El flexible cuerpo del gato se convirtió en el duro y escultural torso de un hombre.

Ginger lo miró a los ojos, sin rastro de aliento. Por un instante, creyó seguir viendo al gato Sebastian; sin embargo, cuando bajó la vista, ella vio su nariz en punta y luego la perfecta forma de sus rellenos labios: enseguida supo que estaba mirando a

Sebastian.

Sebastian y punto.

Sus ojos se volvieron a encontrar con los de ella, apenas los separaban cinco dolorosos centímetros. Las transformaciones siempre lo dejaban agitado y ahora estaba jadeando, calentaba con su aliento la carne de los labios de Ginger.

Se volvió loca.

La volvió loca.

Sebastian, que apenas se adaptaba de nuevo a la forma humana, estaba mareado y la cercanía de Ginger no lo ayudaba a poner los pies sobre la tierra. Se daba cuenta de que estaba desnudo y encima de ella cosa que, en parte, lo excitaba sin poder evitarlo y, por otro lado, lo preocupaba porque Ginger era... bueno, Ginger era inocente hasta decir basta. Tenía tatuada en la frente la frase «inocente y directo a ser monja».

Sabía que debía decir algo, lo que fuera. Si no lo hacía, no podría contener las ganas de besarla que estaba sintiendo; no quería tocarla todavía, no le podía hacer eso.

«Maldición».

—Ginger —dijo en un susurro ronco.

—¿Qué?

Él vaciló un momento:

—Bueno, es que... —la miró a los labios—, no es algo que tenga que decir porque es evidente, claro, pero... —Ay, ¿por qué era tan difícil decirlo?—. Pero, como podrás notar, estoy desnudo y encima de ti. No quiero sonar lascivo, sin embargo, si no te apartas creo que yo...

Ginger parpadeó y miró hacia abajo...

Una parte de ella se escandalizó y otra se fascinó con la perfección que encontró en el cuerpo de Sebastian. Se debatió entre tocar o no, los músculos de sus hombros y de sus brazos.

Tal vez fuera solo imaginación de ella, pero la piel de Sebastian quemaba como si tuviera una plancha caliente encima. Le transmitió tanto calor que sintió que le sudaba todo el cuerpo, incluso en zonas donde sabía, o creía, que no podía sudar.

—No puedo —dijo ella sin aliento.

A Sebastian le sorprendió que ella no se apartara ni un solo centímetro. Cerró los ojos y los apretó para capturar el control y para aferrarse a la cordura; él no quería apartarse y le costaba toda su fuerza de voluntad permanecer cuerdo.

—Diablos, Ginger, ¿por qué no? —dijo con la mandíbula apretada y ella notó un

músculo que se movía en su mentón.

—Porque me aplastas.

Ah, sí, he ahí el dilema.

Sebastian abrió los ojos y descubrió que la distancia entre sus labios era todavía menor.

Bueno, perdió; pero al menos lo intentó...

Conforme iba inclinando más la cabeza, acababa con la cruel distancia que los separaba. Notó que el pecho de Ginger subía y bajaba sin control alguno, muy rápido y cada vez de manera más agitada.

Ella estaba siendo atacada por los nervios, no obstante, también estaba expectante.

Un beso.

¡Uno de verdad!

¡La iba a besar! ¡La iba a besar! ¡De verdad, él la iba a besar!

¿Qué debía hacer? ¿Dónde se ponían las manos? Maldición, le estorbaban tanto; pensó que todo sería más fácil si no tuviera manos...

¡Al diablo con su cerebro!

Justo en el momento en el que ella entreabrió los labios de forma instintiva para recibir el beso, se escuchó el rechinado que hacían las bisagras de la puerta principal al abrirse y el chasquido del picaporte al cerrarse.

Sebastian levantó la cabeza y giró hacia la puerta de la habitación de Ginger. Ella echó su cuello hacia atrás para también mirar.

¡Santo Dios!

Kaminsky.

—Uff, menos mal que me llevé la sombrilla... Ah, hola, Honey, ¿por qué estás mojado? ¿Saliste a dar un paseo con Ginger? —La agradable voz de Kamy flotó desde la planta baja.

Un ladrido.

Los pasos de la señora Kaminsky resonaron pesados por el recibidor y, luego, por las escaleras.

—Ay, Dios, ¡me va a matar! Es mi fin. ¿¡Qué va a pensar si me ve así contigo!?

Ginger sacó fuerza del miedo que la tenía agarrada y empujó a Sebastian que ya se estaba por levantar. Se puso de pie con un salto y empezó a correr como loca alrededor de la habitación, presa del pánico.

—Dónde te escondo, dónde te escondo...

En ese momento deseaba tanto que fuera un gato para poder meterlo en un cajón o para arrojarlo por la ventana, así sin más.

Y entonces, ella volteó y vio la luz.

Su ropero.

Jaló a Sebastian, que se veía de lo más tranquilo, del brazo y abrió la puerta corrediza de un tirón. Lo empujó dentro sin muchas contemplaciones.

—¡Auch! Oye, ¿qué tienes aquí? Me acabo de enterrar algo en el...

—Ginger, ¿estás aquí? —preguntó la señora Kaminsky desde el otro lado de la puerta.

—Ah, sí —contestó mientras reprimía los jadeos.

—¿Podrías bajar a ayudarme con la cena?

—Claro.

Cuando Kamy se alejó, Ginger todavía estaba agitada. Ella abrió la puerta del ropero y, tapándose los ojos con el antebrazo, le aventó a Sebastian una afelpada bata rosa de *My Little Pony*.

—Lo siento, tengo que bajar. Ponte esto que yo te traeré la cena.

Sebastian, sentado y abrazado a sus rodillas, sonrió a pesar de que Ginger no podía verlo. Él alargó el brazo para tomar la bata desde el reducido rincón entre los vestidos y los *jeans*.

—Leche, por favor —pidió.

—De acuerdo.

Y salió corriendo.

Él se llevó las manos a la cara para restregársela y volvió a sonreír, esta vez con ironía. No podía creer lo que estuvo a punto de hacer.

Y menos podía creer cuánto le molestaba no haberlo hecho.

CAPÍTULO 5

Inadaptada

G

inger se levantó con pesadez y cuando puso un pie en la alfombra, que estaba del lado izquierdo de la cama, sintió que pisaba una mano. Todavía no se acostumbraba a la presencia de Sebastian en su habitación.

Él llevaba durmiendo dos noches en el suelo, sobre mantas. Lo rodeaban muñecos de peluche gigantes que parecían custodiar su sueño. Dio un respingo que le hizo sorber el hilo de saliva que se escurría sobre una jirafa de color azul y despertó cuando sintió el machucón en los dedos.

—Lo siento —murmuró Ginger con el acento arrastrado que tenían los que están atrapados entre el mundo de los sueños y la realidad.

Sebastian se estiró arqueando la espalda como un gato, bostezó y miró a su alrededor.

—¿A dónde vas? —preguntó en medio de un largo y profundo bostezo.

—Escuela.

Se incorporó y se apoyó en los codos para observarla: Ginger murmuraba cosas, se tambaleaba e, incluso, él la vio golpearse el dedo meñique del pie con una silla y darse un cabezazo con la puerta antes de que pudiera abrirla y saliera arrastrando los pies. Estaba demasiado somnolienta.

¡Santo Dios! Sebastian pensó que en ese estado podría caerse al bajar por las escaleras.

No obstante, aprovechó que Ginger no estaba para arrojarse a su suave y enorme cama. Dio un par de vueltas sobre sí mismo en el colchón: una hacia la derecha y otra hacia la izquierda. Luego, enterró la cara en la mullida almohada y aspiró profundamente su aroma hasta provocarse un estornudo.

El aroma de Ginger era una fragancia entre floral y aceite para bebés muy embriagadora.

Sebastian se puso en pie y levantó su ropa —la del padre de Ginger, en realidad— del suelo. Se embutió los *jeans* y sintió que le apretaban un poco en los muslos y en el trasero. Una de dos: o el padre de Ginger tenía la complexión de un enano de Blancanieves o el hombre tenía el trasero tan plano como una tabla. Bueno, el suyo no lo podía esconder de las miradas golosas de las mujeres, así que, al final, le terminaba dando igual.

Se metió la camiseta Polo de color azul por encima de la cabeza y luego se calzó los zapatos italianos —de nuevo, del padre de Ginger— que, por razones milagrosas, le quedaron a la medida.

Ginger entró a su habitación pulcramente peinada con su trenza francesa a un lado,

sus gafas, un sencillo vestido azul marino que le llegaba a mitad de la rodilla y la mochila al hombro. Se quedó absorta al ver a Sebastian y le costaba asimilar que hubiera algo más fabuloso que él.

Lo más destacable era ver la maravillosa forma en que le quedaba el pantalón de su padre y cómo el cabello negro, medio alborotado, le caía sobre la frente.

Cuando él le sonrió, se aceleró su corriente sanguínea y se palpó la nariz para cerciorarse de que no le escurriera sangre.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó él.

«Sí, ¡sí! ¡A donde quieras!».

—Pero, no vas a mi escuela —respondió.

—¿Y a cuál vas tú?

—Dancey High.

—Perfecto —caminó hacia la puerta para abrirla—, ahí también voy... o iba, más bien.

—¿¡Qué!? —Ginger abrió y cerró la boca como un pez que aspira plancton—
Cómo... ¿Cómo es que nunca te vi? —Alargó la mano y volvió a cerrar la puerta.

—Ya te lo dije, llovía mucho. Ahora, si me disculpas —abrió la puerta—, tengo un semestre que recuperar. El año pasado me hubiera graduado de no ser por mi problemita.

Ginger cerró la puerta de nuevo.

—¡No!

—¿No?

—Mis padres están abajo.

Sebastian se encogió de hombros.

—Oh, no hay problema —caminó hasta el ventanal, descorrió las cortinas y levantó el cristal hacia arriba para encaramarse al filo del alféizar exterior.

—¡No! ¿Qué vas a hacer? Sebas...

Levantó una mano como para impedirlo, pero él saltó de improviso desde el segundo piso hasta el suelo donde cayó limpiamente sobre los pies y las rodillas flexionadas, apenas con un sonido sordo. Tal cual un gato.

—...tian.

Ginger se encaramó hacia la ventana tan bruscamente que el alféizar se le enterró en el estómago. Miró hacia abajo: Sebastian miraba hacia arriba y le extendía los brazos.

—Salta, yo te atrapo —dijo divertido con una sonrisa burlona.

–Estás loco, yo soy una persona decente que está en su propia casa, no en un reclusorio.

Cerró la ventana y salió por la puerta principal como la persona «decente» que era en su propia casa.

Pensar en la expresión que pondría el rostro, posiblemente operado y plástico, de Keyra Stevens cuando viera a una inadaptada, *nerd* empedernida y sin vida social alguna como Ginger, entrar a la escuela con un tipo como Sebastian, la llenaba de un ego que jamás pensó que llegaría a tener ni aunque se lo inyectaran.

Cruzaron el estacionamiento de la escuela a pie. Ginger notaba las miradas curiosas y fascinadas que los absorbían.

Volteó a ver a sus admiradoras, pero claro, como era costumbre, ni la notaban. Las chicas miraban directo hacia Sebastian.

Solo a Sebastian.

Para ellas, Ginger era como un mosquito que solo le rondaba por la cabeza, por lo tanto, ni se molestaban en verla.

Eso la embargó de una familiar decepción, pero Sebastian pegó su brazo al suyo y ella se llenó de nueva esperanza.

Subieron las escalinatas principales envueltos en una brisa de murmullos: «¿Quién es ese?», «Pero que retaguardia... bien formada», «¿Por qué está con esa?».

Se internaron en el barullo del pasillo con la estampa típica de Dancey High: los más grandes masacraron a los más pequeños. Era simple ley de selección natural y Ginger pertenecía al grupo de los pequeños masacrados, ¡hurra!

Brandon Winterbourne, un tipo muy fornido, con cuello de toro, cuerpo de gorila abusivo, delantero de campo del equipo escolar de *rugby* y, obvio, novio de Keyra Stevens, se encontraba con su liga de supervillanos –que, qué casualidad, eran los demás miembros del equipo– amedrentando a un chico de penoso aspecto, debilucho, con los bráquets que se sostienen en la cabeza, por fuera de la boca.

Ginger se tensó y apretó los libros que cargaba contra su pecho cuando pasaron junto a ellos:

–Camina, no los mires a los ojos –advirtió.

Cuando los dejaron atrás, se escuchó el alarido del pobre chico: lo despidieron con un calzón chino.

–¡Miren! ¡Son de su abuela! –gritó Brandon al levantarlo de las trusas como si

fuera la copa de la liga.

—Mi abuela murió —chilló el chico, con una mueca de sufrimiento.

—Dios mío... —murmuró Sebastian mientras caminaba de espaldas para ver el espectáculo.

Ginger lo tomó del brazo y lo hizo girarse para que caminara hacia adelante.

—Es así todos los días, no te sorprendas. Pobre Edmund, no podrá sentarse en un mes —comentó con tristeza.

Llegaron al casillero de Ginger. Sebastian, con el brazo recargado en el casillero de al lado, observó la manera en la que los delgados y elegantes dedos de la chica giraban el candado con la combinación correcta y luego se abría con un débil chirrido del metal.

Le llamaba la atención que ni el exterior de su casillero ni el interior estaban personalizados como los demás. No había ni una calcomanía, ni un altar a la foto de algún artista sin camisa y con mirada seductora, ni cartas de amor en las rendijas, ni nada. Solo lo necesario: el horario, marcado con colores, pegado al interior de la puerta y los libros acomodados por tamaños.

Ginger era diferente.

Ginger era especial.

Ginger era Ginger.

Y le gustaba.

Empujó el puente de sus lentes hacia arriba y sacó unos pesados libros de Álgebra y de Francés.

—Oigan, chicos. Ahí está Escorpi. Vamos a saludarla.

Brandon se acercó esbozando una maldita sonrisa, torcida y bravucona, en su rostro. Cuando Ginger levantó la vista, él azotó sin miramientos la puerta del casillero contra su cara y le enchuecó los lentes y tirándole los libros a los pies.

A Sebastian le hirvió la cabeza. Tuvo que cerrar los puños para no reaccionar de forma violenta cuando vio que Brandon y sus amigos pasaban de largo mientras se reían, se mofaban y algunos chocaban las palmas.

Bajó la vista y encontró que Ginger estaba de rodillas levantando sus libros con torpeza. Cuando había recogido la mayoría, se le volvieron a escurrir de los brazos y soltó un gemido de frustración.

Sebastian se llenó de una ternura que no cabía en él. Se puso de rodillas frente a ella y rejuntó todos sus libros con eficacia, luego acercó una mano y levantó la barbilla de

Ginger con un dedo para obligarla a mirarlo.

—Ginger, estás... ¡Te sangra la nariz! —La cara de Sebastian reflejaba una pura preocupación.

Ella se levantó con brusquedad y sacó de su casillero un pequeño espejo de mano en forma de corazón. El hilillo de sangre descendía sobre su labio superior.

—Ginger yo... ellos... —Estaba tan enfurecido que no podía hilar sus pensamientos—. No puedo creer que sean así, menos contigo. —Lanzó una mirada por donde se habían alejado—. Bastardos.

—No te preocupes —se apresuró a sacar una cajita de pañuelos desechables y presionó su nariz mientras inclinaba la cabeza hacia arriba—. En serio, no ha sido nada.

—¿Qué no ha sido nada?! —Exclamó fuera de sí—. Júrame que no es así todos los días.

Ginger no contestó, cerró su casillero y comenzó a caminar. La campana sonó y el pasillo se saturó del sonido metálico de los casilleros que se cerraban a portazos.

—Ginger, mírame y júramelo.

Ella no lo miró. No quería hacerlo. Rehuía su mirada porque los ojos se le comenzaban a poner llorosos y le quemaban.

A Sebastian eso no le pasó desapercibido.

—Ginger... —dijo en un tono increíblemente más suave y tranquilizador.

—Es por el golpe, nada más. —Metió la punta de los dedos tras sus gafas y barrió sus lágrimas dejando un húmedo rastro tras de sí.

Sebastian no insistió en el tema, pero juró en silencio que la próxima vez no se quedaría de brazos cruzados.

La acompañó hasta su salón. Ginger se detuvo en la puerta para voltear y despedirse de él mientras agitaba la mano, componiendo una sonrisa que a él le pareció triste.

Luego, caminó hacia su antiguo salón de Literatura con algo de retraso; se suponía que, los de último año, ahí tenían clases los lunes por la mañana.

La señorita Brooks ya no estaba al frente de la clase como él recordaba; en cambio, ahora, había otra profesora mucho más vieja que lo miró de manera inquisitiva cuando él se paró en la puerta. La mujer enarcó una ceja por encima de sus gafas que tenían cordones en las patillas y dejó de escribir en el pizarrón.

—¿Y usted es...?

Toda la clase, en especial las señoritas, dejaron lo que estaban haciendo y levantaron las cabezas para posar sus miradas en el flamante recién llegado. El silencio era tan letal que podía cortar un papel en dos si lo lanzaban al aire.

La voz de Sebastian sonó como un trueno en medio de la quietud.

—Sebastian... —vaciló un momento, no recordaba cuál era el apellido adoptivo que le había dado la señora Lovett—. Sebastian Blake —dijo al fin. Así era el apellido de casada de la mujer.

La profesora enarcó la otra ceja y buscó en la lista de asistencia. Su dedo descendió sobre toda la lista de nombres:

—No está en la lista, señor Blake.

Sebastian se encogió de hombros.

—Seguramente no, falté demasiado. Así que debo estar dado de baja, pero la dirección debería tener mi registro.

La maestra hizo un mohín y caminó hacia la puerta.

—Iré a comprobar eso. Y ustedes —miró letalmente a los alumnos— terminen el ejercicio de la página ciento veintinueve.

Al cerrarse la puerta, se hizo de todo menos obedecer. Sebastian fue presa de preguntas de todo tipo y de los arrimones de las chicas por la siguiente media hora. Pronto recordó por qué nunca se había acostumbrado a la escuela.

Al término del día, los alumnos de Dancey High salieron como una estampida por las puertas dobles de la entrada e infestaron la escalinata, la parte trasera del contenedor de basura donde algunos chicos se juntaban a fumar, el estacionamiento y la zona de los autobuses escolares.

Sebastian estaba recargado sobre el rugoso tronco de un pino observando a los que salían. Cuando vio a Ginger, con su caminar inseguro, los libros abrazados al pecho y la mirada media baja, sonrió. Sacó una mano del bolsillo del pantalón y la levantó esperando a que ella lo viera. Y lo hizo.

Cuando ella se acercó, le sonrió y él se ofreció a llevarle la mochila y parte de los libros.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Ginger asintió, no podía ser cierto. Era demasiado bueno para ser verdad. Cuando ella vio que Sebastian estaba ahí, y la esperaba precisamente a ella, el sol salió en su

interior.

Cuando comenzaron a andar, una chica se topó «por accidente» con el hombro de Sebastian.

— Ay, lo siento tanto.

Ambos voltearon y vieron a una chica deslumbrante: cabello negro azabache y ojos azul zafiro maquillados por un profesional, de cuerpo bastante escultural gracias a las horas de gimnasia y pechos grandes gracias a los implantes que se rumoraba se había mandado a poner.

Sí, tenía que ser Keyra Stevens, la chica más popular de Dancey High.

— No hay problema... — contestó Sebastian.

— Ay, no, no, no. ¡Qué terrible! Te debe doler. — Compuso una magnífica expresión preocupada y le sobó el brazo con bastante ahínco... no, más bien se lo exploró—. Soy Keyra: capitana de las porristas, así que es natural que ya hayas oído hablar de mí, mucho gusto — se presentó y sonrió.

— Ah. Emm... soy Sebastian...

Ginger, totalmente ignorada, frunció el ceño y tosió con toda la intención de acaparar la atención. Keyra reparó en su presencia con un mohín de repulsión.

— Cielos, Escorpi, aléjate. No me vayas a contagiar tus virus. — Se rio y le dio un golpecito coqueto en el pecho a Sebastian—. Ay, discúlpala, es un poco tonta.

A él no le hizo ninguna gracia esa chica, ni siquiera le dio buena espina en cuanto la vio.

— Se llama Ginger — dijo mientras se apartaba de los tentáculos de Keyra.

La porrista se ofendió en silencio por el hecho de que él se tomara la molestia de defender a la inepta pelirroja, sin embargo, compuso la sonrisa del millón.

— Ginger, Escorpi, es lo mismo, ¿no lo sabías? — Volvió a reírse de manera tonta, como si le quitara importancia—. Seguro de que no; pero verás, es nuestra fiel mascota en el equipo de *rugby* — explicó ella en un claro intento por desprestigiarla de las atenciones de Sebastian.

Ginger enrojció y agachó la cabeza.

Sebastian no podía creerlo. ¿Cómo era posible que todos acabaran con ella de esa manera? ¿Cómo es que una persona tan dulce y buena como ella lo soportaba sin decir una sola palabra de queja?

Sebastian apoyó una mano en el hombro de Ginger y la instó a caminar. Ambos le dieron la espalda a Keyra y la aludida no lo pudo soportar, claro.

Keyra se autoproclamaba el prototipo de eminencia escolar y darle la espalda a ella era como darle la espalda a la reina Isabel. No había quién se resistiera a ella, no estaba acostumbrada a ver la espalda de nadie y por eso debía hacer algo para que ese chico tan guapo se fijara en ella y, de paso, quitar de en medio al «bicho raro» de Ginger.

Se le ocurrió una idea: situaciones extremas requerían acciones extremas. Le dio alcance al dúo y se plantó frente a ellos:

—Oye, Ginger —dijo, con la atención en Sebastian—, este viernes daré una fiesta en mi casa y —la miró de arriba abajo, de forma despectiva— estás invitada. —Tuvo que hacer un esfuerzo extra para decir eso.

¡Ginger no lo podía creer! ¿Había escuchado bien? ¿Tenía basura en la oreja o de verdad era posible que pasaran tantas cosas buenas en un solo día? Su rostro se iluminó de genuina alegría.

—¡Gracias, ahí estaré!

—Genial. —Keyra le dirigió una mirada tentadora a Sebastian—. Ah, y... trae a tu amigo —soltó. Luego se fue meneando el trasero al caminar.

De camino a casa, Sebastian notó que Ginger estaba muy risueña. Era muy bonita, pero en especial cuando sonreía.

Él odiaba ser un aguafiestas, pero tenía que decirle:

—Oye, no estarás pensando en ir a esa fiesta, ¿verdad?

Ella lo miró como si hubiera dicho la palabrota más ofensiva del mundo.

—¿Estás loco? ¡Claro que voy a ir! No me la perdería ni aunque estuviera en medio de una operación de amígdalas —respondió.

—En serio, Gin... ¿Por qué no nos quedamos en casa y vemos una película juntos o me enseñas algo de Álgebra? —Se rascó la cabeza—. Siempre la llevo algo baja.

A Ginger le pareció de lo más tierno que él quisiera pasar el día con ella en vez de ir a una fiesta. Se sintió muy tentada a aceptar... pero estaban hablando de «la fiesta de Keyra» y la habían invitado «a ella». Una oportunidad así no se repetiría en otra vida.

—Pero a ti también te invitaron, así que... estarías conmigo.

Sebastian no era capaz de comprender cómo alguien tan inteligente como Ginger podía ser tan ingenua cuando de gente se trataba. Estaba clarísimo, para cualquiera que hubiera sido testigo, que la invitación había sido hecha implícitamente «solo» para Sebastian. Ginger era como el pase desechable después de pasar por la puerta.

– Yo no pienso ir – afirmó.

Eso fue un golpe bajo.

– ¿Por qué eres tan amargado? – dijo ella tratando de no sonar a la defensiva.

– No es eso, es que Keyra... no me agrada.

– Ni la conoces – argumentó Ginger.

– No, no la conozco y eso es lo que me da más miedo. No la conozco y ya sé que solo te invita para humillarte. No quiero que te sigan tratando así, Ginger, date tu lugar.

Sebastian se sentía como su padre al hablarle así, pero era la verdad.

Silencio.

Algunos pasos después, Sebastian miró a su lado y se dio cuenta de que Ginger ya no lo seguía. Estaba parada más atrás, muy tensa y con el ceño fruncido.

– ¿No crees que me invita solo por el simple hecho de que quiera que esté ahí?

Él se acercó:

– Ginger, no...

Ella se apartó:

– No, no, no. Respóndeme. ¿Tan idiota crees que soy? – refutó—. ¿Crees que no me daría cuenta de algo así? Deja de subestimarme y no vuelvas a decirme con quién me tengo que juntar y con quién no, apenas me conoces como para que te tomes esa confianza conmigo.

Sebastian trató de controlarse, pero al final no pudo y el tono de voz le salió más alto del que quería expresar:

– No entiendo por qué la defiendes... Apuesto a que ni siquiera te habla. Es más, apuesto que es esa clase de chica que te ha de tratar igual o peor que a esos jugadores cretinos; no sabe ni siquiera tu nombre y te menosprecia... – Tuvo que detenerse cuando sintió que había cruzado la línea. Bajó la intensidad de su voz hasta sonar cansado—. Y, aun así, lo permites y no haces el menor intento de demostrarles cuánto vales.

CAPÍTULO 6

Incomprendida

s

Sebastian se quería arrancar la lengua. Se había arrepentido de decir aquellas

palabras justo en el momento en que salieron de su boca.

Ginger sabía que él tenía razón. Era consciente de que su día a día implicaba todo lo que él acababa de adivinar. Todo era cierto: pero una cosa es saberlo y otra, muy diferente, es pretender que no pasa nada.

Vivía atrapada dentro de una bola para hámsteres, sin poder cruzar al otro lado por culpa de la basura que todos tiraban en su camino. Decir «hey, aquí estoy» nunca funcionaba. La despreciaban antes de darle la oportunidad de conocerla.

Ginger no sabía qué había hecho para que la trataran de esa manera tan despectiva, tal vez, nada; pero nadie pensaba de esa forma. Todas esas experiencias las tenía bloqueadas, refundidas en el rincón más rezagado de su corazón; fue tan difícil enterrarlo todo, tardó años. Pero Sebastian llegó tan fácil y...

Lo miró a los ojos.

Él parecía escrutarla con esa mirada tierna, pendiente de sus reacciones, pendiente del recorrido que una lágrima solitaria descendía por su mejilla.

Ginger no hizo nada por limpiársela. Y no hizo nada por hablar.

Solo se dedicó a mirar cada veta azul de los ojos de Sebastian, a buscar, a tratar de entender por qué maldita razón él parecía comprender la situación mejor que ella, por qué tenía esa sensación de que él podría llegar a conocerla mejor cuando ella ni siquiera tenía claro quién era.

Todo el mundo parecía ver algo malo en su persona, pero Ginger no se daba por enterada. No lo pensó más, levantó la barbilla y, tragándose su propia lágrima, caminó con paso digno y airado.

«Date tu lugar».

«Demuestra cuánto vales».

Sebastian caminó detrás de ella, asegurándose de hacer ruido con las suelas de los zapatos para que Ginger supiera que él la seguía. Era la primera vez que la veía caminar con los hombros rectos y firmes. Hasta le parecía más alta, más imponente.

—Ginger...

—Por favor, no me sigas —dijo tajante, sin asomo de emoción en la voz y sin voltear.

Él la siguió de todos modos. Ella se dio cuenta, pero lo ignoró.

Cuando llegaron a las escalinatas de la casa, Sebastian se sentía agotado y ni siquiera había corrido.

—Ginger, Ginger. Por Dios, ¿qué dije? —preguntó—. Bueno, sé qué dije, pero ¿por qué te pones así?

Ginger subió las escaleras de dos en dos, abrió la puerta y, cuando entró, se la azotó a Sebastian en la cara.

«¡Argg, mujeres!», pensó él y aporreó la puerta con el puño.

—Ginger, ábreme.

«¿Ábreme?». Él ni siquiera vivía ahí como para exigir eso, pero siguió intentando.

— ¿Podríamos hablar un momento?

Silencio.

Volvió a aporrear la puerta.

Silencio otra vez.

Soltó una palabrota entre dientes, adoptó la exasperada postura de los brazos en la cintura y miró a la calle. En la casa de enfrente alguien lo espiaba desde un resquicio entre las cortinas de la ventana, pero las cerró abruptamente cuando se dio cuenta de que Sebastian observaba en esa dirección.

De repente, el chirrido de la puerta que se abría a su espalda lo sobresaltó. Volvió la vista y notó que Ginger se acercaba a él con los brazos extendidos hacia adelante.

¿Lo iba a abrazar? ¿Se disculparía?

Todas las esperanzas se fueron por el drenaje, pues, lo único que Ginger hizo fue arrebatarle la mochila y los libros que se le habían olvidado.

Volvió a cerrar la puerta tras entrar. Sola.

Sebastian bajó las escalinatas y saltó sin ningún problema a los arbustos que rodeaban el jardín lateral. Alzó la cabeza y miró hacia el ventanal del segundo piso. Tenía que ser el de la habitación de Ginger, reconocía las cortinas y... ¡Dios santo! No pudo evitar notar el revelador ángulo que la mujer de los correos tuvo de su trasero el otro día.

Sacudió mentalmente el recuerdo más vergonzoso de su vida y se concentró en la tarea de buscar piedritas en el césped que le sirvieran de proyectiles. Sopesó varias piedras irregulares en su mano y, antes de arrojar la primera contra la ventana, echó un furtivo vistazo alrededor. Lo que estaba haciendo era un acto de delincuencia y no quería tener que pasar una noche en prisión... otra vez.

Retrocedió un paso para darse más perspectiva, arrojó la segunda piedra justo en el momento en que Ginger se asomaba para abrir la ventana y... Sebastian le pegó en la frente. Ella parpadeó, perpleja, y se tocó la zona donde fue atacada.

Sebastian escondió sus municiones tras la espalda y le dedicó una mirada de profunda disculpa, lo cual solo sirvió para que ella lo fulminara con la mirada y cerrara la ventana con brusquedad.

—Ginger, es en serio, necesito hablar contigo.

Ginger frunció el entrecejo. Sebastian alzó los ojos al cielo y luego regresó a mirarla con sincera preocupación.

—¡Va a llover otra vez, y me voy a mojar! —gritó con los brazos levantados.

Ginger cerró las cortinas al juntarlas de un jalón. El mensaje en la acción fue muy claro:

«Pues si llueve, te jodes».

Dos horas después, Ginger estaba con medio cuerpo inclinado dentro del refrigerador. Buscaba en sus profundidades abarrotadas alguna caja de leche.

Ella iría a esa estúpida fiesta y cambiaría la opinión que todos tenían de ella. Le demostraría a Keyra que no era una lata que podía patear. Le demostraría a Brandon Winterbourne y a su legión de supervillanos que no era una simple nariz que podían romper. Le demostraría a Sebastian que no era una *nerd* empollona, con complejo de friki, incapaz de defender su propia persona.

Pero, sobre todo, se demostraría a sí misma hasta dónde podía colarse para darse su lugar; para destruir la inseguridad que le dificultaba respirar, la que la tenía amenazada con avergonzarla si aspiraba a ser algo más grande que una bacteria.

Y eso, era lo más importante... y lo más difícil de lograr.

Sirvió la leche en un tazón de plástico y miró el exterior del jardín por el cristal de la puerta trasera. La lluvia era de un color plomizo que entristecía al cielo y colmaba el aire con el olor fresco de la humedad.

Ginger abrió la puerta trasera y desplegó la sombrilla para protegerse de los despiadados golpecitos de la lluvia. Miró a su alrededor y agitó un poco el tazón para que Sebastian pudiera captar el olor de la leche.

Buscó dentro de la casita de madera de Honey, se asomó al borde de la piscina — ¿qué tal si se había arrojado para suicidarse? — y escrutó las ramas medio desnudas del único árbol que tenían.

Pero Sebastian no hizo acto de presencia. Sabía que no seguía siendo Sebastian. Ahora debía ser Sebastian, el gato. Sus ropas empapadas sobre el césped se lo

confirmaban. Ginger las levantó como pudo y dejó el tazón dentro de la casa de Honey.

Antes de entrar, se detuvo en el umbral de la puerta y soltó un suspiro. Miró el lugar donde estaba tirada la ropa de su padre, el lugar que los pies de Sebastian habían pisado por última vez.

CAPÍTULO 7

¿Sexo, drogas y rock and roll?

s

Sebastian observaba la puerta principal de la casa de Ginger desde la valla del vecino. El día anterior había llovido a todas horas, con mucha violencia. Sin embargo, en ese momento solo caía el rocío de una leve llovizna que dejaba gotitas diminutas en las hojas de las plantas.

Desde hacía varios minutos él esperaba que Ginger saliera. En su cerebro de gato la relacionaba con la comida y las caricias tras sus orejas. Su lado animal había formado la inquebrantable conexión mascota-dueño.

Ginger era su dueña.

Sebastian era de ella.

Cuando escuchó el chasquido del cerrojo de la puerta, él se levantó de un salto en sus cuatro patitas y enderezó las orejas, pendiente a cualquier señal de Ginger; pero lo único que vio fue a una anciana en pantuflas y con una bata estampado de un leopardo azul que mascullaba algo entre dientes y posaba una mano en la parte baja de la espalda mientras se agachaba para tomar el periódico.

— ¡Ay, ay, ay! Esta vejez... Malditos reumas, me van a dejar como una lechuga... — Hizo una pausa para soltar una horrible tos cargada de flema —. ¡Ay, maldita tos! Me va a dejar como un perro enfermo... — Entró de nuevo a la casa y ahogó sus quejidos tras la puerta.

Posteriormente, llegó la mujer del correo quien, sin ninguna clase de disimulo, miró hacia la ventana donde Sebastian había tenido su «momento estelar». Él soltó un gruñido gutural al recordarlo. No conservaba todos los recuerdos de su mitad humana mientras era un gato... pero, por desgracia, ese no se borraría ni con un trasplante de cerebro.

Minutos más tarde, la puerta volvió a abrirse y vio salir a Ginger, pero... algo

andaba mal, era diferente.

Esta versión de Ginger parecía mayor; su pelirrojo cabello estaba recortado con un moderno y elegante estilo que apenas le rozaba el mentón. Además, caminaba de forma refinada y decidida, maniobraba con los tacones de doce centímetros como una modelo y lucía ropa de corte profesional que se ceñía a las curvas maduras y proporcionadas de su cuerpo.

Tenía que ser la madre de Ginger, estaba seguro. Sebastian era gato, pero no tonto. Aun así, el parecido era extraordinario. No pudo evitar seguir mirándola como un adolescente enamorado de su profesora hasta que la mujer se subió a un Mercedes Benz de color rojo y se perdió al doblar la esquina.

El padre de Ginger salió, un poco más tarde, empujándose el nudo de la corbata hacia arriba. Era un hombre delgado, de estatura media, con un bigote de esos que dan pinta de bonachón y unas gafas de montura cuadrada. Gracias a él se revelaba el misterio del origen de la miopía de Ginger: la había heredado de su padre. Y, menos mal, que fue lo único que heredó de él.

De repente, la suave llovizna se intensificó cuando Ginger salió. Sebastian se acercó y se escondió detrás de uno de los pilares que sostenían el techo del pórtico mientras la veía batallar con una sombrilla que no quería abrirse.

Cuando lo logró, el viento sopló con fuerza y arrastró a Ginger. La sombrilla se abrió más, hasta doblarse por el sentido contrario. Sebastian maulló y fue tras ella.

Ginger armaba todo un espectáculo acrobata, se aferraba al mango de la sombrilla, que ya ni la cubría, y sostenía el gorro de su impermeable rosa sobre su cabeza.

«Idiota, deja la sombrilla y sálvate», pensó Sebastian con impotencia por no poder hacer nada.

Sin ser visto, acompañó a Ginger en su atropellado trayecto hasta la estación del metro donde, antes de irse, ella maldijo a la condenada sombrilla defectuosa y la arrojó a la basura.

Sí, claro.

De alguna manera era predecible que Keyra no le dirigiría la palabra a Ginger si Sebastian no estaba pululando a su alrededor.

La normalidad volvió a reinar durante toda la semana en el colegio.

Ginger se sentía paranoica. Salía todas las noches al jardín, esperaba verlo arrojar

pedritas a su ventana y se emocionaba cuando oía ruiditos en el cristal, pero su sonrisa se desdibujaba al comprobar qué solo se trataba de la lluvia que tamborileaba sobre el vidrio.

Todos los días le dejaba un tazón hasta el tope de leche y, aunque amanecía vacío, no estaba muy segura de que se tratara de Sebastian, bien podía tomársela otro gato.

Su corazón se encogía solo de pensar en Sebastian muriendo de frío, siendo atacado por una jauría de pitbulls rabiosos o al imaginarlo atropellado en medio de la carretera sin que nadie se dignara a levantar su cadáver...

Pronto, comenzó a hacerse la idea de que había sido la culpable. Sus malditos problemas existenciales alejaron a Sebastian y ni siquiera le había dado la oportunidad de hablar, de conocerse mejor, de ser amigos, de ser...

Cerró los ojos con fuerza.

«Bruta, tonta, torpe, estúpida, inmadura, idiota», se repetía como mantra constante, pues la única cosa que parecía buena en su vida se había desvanecido.

El peso de la culpa era igual al de cien ladrillos. Lo único que ella deseaba era volverlo a ver para pedirle perdón, aunque existía la posibilidad de que él no se lo concediera, de que él no quisiera verla nunca más.

Abrió los ojos y miró su reflejo en el espejo.

—Cariño, estás preciosa —la señora Kaminsky miró su reflejo con ojos brillantes.

Ginger apenas se reconocía. Había una extraña en su espejo que la miraba con fijeza. Se acercó más, hasta que la punta de su nariz chocó con la de la chica que reaccionaba exactamente igual que ella.

No, imposible... no podía ser ella.

—Oh, Dios, siempre supe que algún día te convertirías en una hermosa señorita y yo... y yo... —se le quebró la voz—, disculpa. —Se llevó una mano a la boca y jaló un pañuelo desechable de la caja.

Ginger, ajena al drama, le dio unas palmaditas en el hombro con aire distraído. Kamy se sorbió la nariz con fuerza.

—Voy por la cámara, ¡no te muevas!

Cuando estuvo sola, Ginger caminó vacilante al espejo de cuerpo completo que estaba anexo a una de las puertas del ropero. Se quedó perpleja, pasmada, anonadada, con la mandíbula desencajada.

Estaba... hermosa.

Sin dudas, Kamy había hecho un trabajo increíble con ella y le estaría agradecida de

por vida.

Deslizó los dedos por su cabello recién alisado y tan brillante que, por primera vez, le encontró gracia a su color. El maquillaje alrededor de sus ojos los resaltaba intensificando la sensualidad en su mirada y el *gloss* rosa natural hacía que sus labios parecían más gruesos...

Más «besables».

No pudo evitar sonrojarse.

Pero al descender la mirada por su cuerpo... ¡Santísima aparición! Se escandalizó de lo ceñidísimo y cortísimo que le quedaba el revelador vestido negro. ¿En qué diablos estaba pensando Kaminsky al hacerla vestir con una prenda tan escandalosa?

La tela era muy fina y se le pegaba a cada parte de su cuerpo haciéndola parecer que... pues, que tenía uno qué presumir. El largo le llegaba a medio muslo y permitía que luciera sus kilométricas piernas, además, los tirantes eran finos y obligaban a que centraran la mirada en un área en especial: los pechos. ¿De dónde habían salido!? Ginger no lo sabía, pero ahí estaban.

Las formas recatadas con las que la habían criado estaban siendo violadas y se sentía traicionera... pero solo por una noche tenía que mandar al diablo todo.

Se sentía bonita por primera vez en su aburrida vida. Ginger se sentía capaz de adueñarse de la noche, de bailar —si es que se las arreglaba para saber cómo hacerlo—, de coquetear con chicos —si es que no la terminaban intimidando— y de hacer que la víbora de Keyra se tragara sus venenosas palabras —si es que no la mordía primero y arrojaba el antídoto por el inodoro—.

La noche del viernes era fresca y despejada. La lluvia por fin se dignó a ceder y liberó a las estrellas de las tinieblas ya que las había mantenido como rehenes durante toda una semana.

Sebastian ronroneaba mientras daba lengüetazos al tazón con leche. Era deliciosa, lo hacía sentir como en el paraíso gatuno. Levantó la cabeza cuando escuchó el repiqueteo de unos tacones en las escalinatas y se dirigió hacia ahí con parsimonia, arrastrado por su naturaleza curiosa.

—Vuelve antes de que tus padres lo hagan. No olvides llamar en cuanto llegues. Ah, y mucho cuidadito con lo que tomas, Ginger Vanderbilt.

— Sí, sí, ya lo sé Kamy.

Sebastian se asomó entre los arbustos. Reconocía esa voz, tenía que tratarse de...
Ginger.

¿Esa era Ginger?

¿¡Esa era Ginger!?

Sintió que algo le molestaba en el pecho, como si fuera un aleteo. Soltó un gruñido amortiguado e inclinó la cabeza para tratar de morderse la zona afectada, pero no tenía nada. No eran pulgas y tampoco garrapatas.

Su gatuno y diminuto corazón estaba latiendo a la velocidad del aleteo de un colibrí. Como si acabara de esconderse del carnicero que siempre le quería dar caza.

—Miauu —exclamó.

Ginger se detuvo en seco justo cuando abría la puerta del taxi que aguardaba frente a su casa. Miró a ambos lados y luego se quedó quieta, mirando al vacío.

—¿Sebastian? —susurró tan bajo que solo ella se escuchó. Pestañeó confundida y subió al taxi.

Sebastian observó cómo se alejaban las luces rojas del vehículo.

—¿Miauuu?

Se sentó sobre sus cuartos traseros y comenzó a maullar, quería que Ginger lo escuchara y volviera. ¿A dónde había ido? ¿Por qué lo dejó solo? ¿Iba a regresar? Muy en el fondo tenía la sensación de que sabía exactamente donde había ido. Pero ¿dónde? ¿Dónde era? Eso no lo podía recordar.

Pasó un buen rato plantado ahí, maullando y maullando lastimeramente hasta que la señora Kaminsky salió con aire exasperado. La mujer se agachó, se quitó una pantufla del pie y la arrojó a Sebastian con vaga puntería.

—Gato estúpido, ¡cállate de una vez! ¡Algunos tratamos de ver el noticiero!

Sebastian siseó mostrando todos los dientes y acto seguido desapareció, no sin antes orinar el poste del buzón: todo un rebelde sin causa.

—Creo que ahí es —dijo Ginger por enésima vez mientras se encaramaba en el espacio entre los asientos delanteros y le señalaba al conductor la mansión que estaba al final de una elegante calle.

—Señorita, lleva diciendo lo mismo desde las últimas veinte casas... —mencionó el chofer—. La verdad, ya hasta perdí la cuenta. Si quiere la llevo de regreso a...

—No, no es necesario, ahí es —afirmó ella.

El taxista puso los ojos en blanco y giró el volante para aparcar frente a la casa. Ginger le pagó la tarifa, que fue endemoniadamente alta, y bajó del auto mientras se estiraba la falda del vestido hacia abajo, con torpeza. Ya no estaba tan segura de sí misma. Se había dado ánimos mentales durante todo el recorrido, pero se olvidó de ellos cuando el motor del taxi dejó de ronronear en la lejanía.

Miró hacia el lugar de donde provenía el golpeo amortiguado de la atronadora música. La casa de Keyra era una mansión distribuida en dos alas laterales que se conectaban a una central. El exterior estaba tapizado con piedra color arena que se iluminaba tenuemente con la luz que emergía de las múltiples ventanas en arco que le daban vista a cada una de las habitaciones.

Ginger caminó con las rodillas temblorosas a causa de su incompetencia para caminar con tacones de plataforma alta. Se sentía una bestia ya que de por sí era demasiado alta como para agregar más centímetros a la cuestión.

A lo largo de la acera estaban aparcados un montón de autos, Ginger reconoció todos los de los jugadores de *rugby* e hizo una mueca. Realmente esperaba no encontrarse con ninguno de ellos cara a cara.

En el centro de la glorieta descansaba una fuente que escupía agua. Cuando Ginger llegó ahí, escuchó algunas risitas y murmullos tras los arbustos: no se quería imaginar qué estaban haciendo detrás de ellos.

En los barandales de las escalinatas estaba recargado un grupo de chicos que reía de manera socarrona y bebía cerveza en enormes vasos desechables. Ginger tuvo que soportar los comentarios, los silbidos, las insinuaciones, las miradas lascivas y el aliento alcohólico de cada uno de ellos cuando pasó por en medio para internarse en la casa.

El recibidor era un pasillo bastante glamuroso con el piso de mármol en blanco y negro. En ambas paredes se exponían cuadros de la familia de Keyra, con efecto de haber sido pintados al óleo y caracterizados como si estuvieran en la época Victoriana. La música iba subiendo de tono conforme Ginger se acercaba al final del pasillo que terminaba en unas enormes puertas dobles de vitral, cuyas formas constituían un caleidoscopio multicolor.

Se podían distinguir siluetas difuminadas que se movían de un lado a otro y podía sentir el «boom, boom» de las bocinas que retumbaba dentro de su corazón.

Ginger asió ambos picaportes —que juntos parecía que formaban un bigote francés—, le quemaban en las palmas; no sabía si podía hacerlo, nunca en su vida había

ido a una fiesta de esas. Miró por encima de su hombro el trecho que había recorrido, los chicos de la entrada la seguían mirando y se reían de algo; parecían hienas en celo.

Regresó la atención a sus nudillos, blancos por la fuerza que aplicaba a los picaportes. Cerró los ojos. Respiró profundo.

Todavía más profundo.

«Date tu lugar».

«Demuestra cuánto vales».

«Si Sebastian estuviera aquí, todo sería más fácil de afrontar», pensó con pesar.

Por ella, y por él, Ginger giró los picaportes hacia adentro y abrió la puerta justo en el momento en que el DJ paraba la música para pasar a la siguiente. En ese pequeño lapso, que duró dos segundos, se hizo el silencio y las cabezas se giraron en dirección a ella.

Una animada canción comenzó a sonar y sirvió para ahogar las exclamaciones de los chicos que dejaron de arrimarse a sus novias solo para mirar a Ginger con curiosidad. Primero, ellos se preguntaron de qué juguetería había salido esa muñeca; luego, miraron a su alrededor para asegurarse de que ningún idiota viniera con ella y, como no traía a nadie, sus desatadas mentes comenzaron a formular un malvado plan para deshacerse de sus novias y llevarse a Ginger a algún cuarto del piso superior. En ese momento, se quemaron más neuronas que en un examen de matemáticas.

Ginger no soportaba estar en su propia piel de lo incómoda que se sentía. Llamaba demasiado la atención, malditos tacones.

Buscó una desesperada escapatoria y sus ojos encontraron un rincón despejado junto a un ventanal con vistas a la colosal piscina donde la fiesta también se extendía. Caminó hasta ahí y se resguardó en las sombras como una vampira que se quema al contacto con la luz... y con la fiesta.

Maldijo el día en el que creyó que sería genial asistir a una fiesta. No veía a ninguno de los integrantes del club de ajedrez ni a los miembros del club de lectura.

¿Pues cómo no? Si ella fue la única marginada social a la que habían invitado.

No tenía otra cosa para hacer más que lamentarse y observar la forma en que todos parecían divertirse.

Se encontraban en un salón enorme, coronado por un candelabro de araña cuyos cristales brillaban cuando se movían. Las escaleras centrales eran una hermosa obra de arte que se dividían en dos a cada extremo y flanqueaban toda la habitación hasta unirse de nuevo en un pasillo superior. El DJ se encontraba tras su equipo de mezcla en

lo alto de ese pasillo. Era un chico de piel pálida, con el cabello cubierto de rastas y un colorido gorro *hippie* en la cabeza. No obstante, y de manera contrastante, vestía de traje y corbata.

—¡Muy bien, hijos de papi, es hora de rayar el piso de Keyra! —gritó el *disc jockey* con un perezoso acento de estereotipo de *hippie*.

Todos contestaron con un grito de excitación y levantaron los brazos con vasos de cerveza en mano.

Las luces se apagaron y fueron reemplazadas por otras de colores que se movían por toda la habitación al ritmo de la canción que subía de volumen.

Ginger estaba relativamente entretenida observando bailar a todos los alumnos atractivos de la escuela reunidos en un solo lugar. Estaba atenta a una pareja que bailaba, uno muy pegadito al lado del otro, en perfecta sincronía con una canción de Britney Spears.

Se imaginó bailando así con Sebastian, pegados uno a lado del otro...

Y se sonrojó.

De repente, un chico se acercó a ella y recargó el antebrazo en la pared, junto a su cabeza. Ginger salió de sus ensoñaciones con brusquedad y volteó hacia el chico que estaba muy, ¡muy!, cerca de ella. Casi podía sentir su respiración en la cara y olfatear su aliento alcohólico. No distinguía bien su rostro en la penumbra, pero sí veía un brillo peligroso en sus ojos.

—Hola, muñeca, ¿estás sola?

«No, con mi abuela. Claro que estoy sola», pensó Ginger, ajena a las técnicas de ligue que estaban siendo implementadas con ella.

No obstante, reconocía esa voz rasposa. La escuchaba todos los días. Era la segunda voz más horrible después de la de Brandon Winterbourne, o sea, era la del mejor amigo de Brandon: Kevin Taylor.

Ginger se estremeció y comenzó a apartarse cuando Kevin la tomó del antebrazo y la jaloneó.

—Oye, oye. ¿A dónde vas, linda? ¿No quieres estar conmigo?

Ginger forcejeó.

—No, en realidad, lo siento —dijo, como siempre, demasiado formal para la ocasión, pero con algo de censura en la voz.

—¿Qué dices? Ven aquí —Kevin puso una mano en su espalda y la acercó a él hasta que la parte frontal de sus cuerpos se tocaron. Ginger trató de apartarse de él y metió

las manos entre ellos para empujar su pecho. Era obvio que él no sabía quién era ella, no la reconocía o estaba demasiado borracho como para darse cuenta.

—No... —chilló Ginger.

—¿Kevin? —preguntó alguien—. Maldito bastardo, ¿qué haces?

Ginger volteó, agradecida con la interrupción, y vio a Keyra de pie frente a ellos con los brazos cruzados sobre su pecho, enfadada.

Keyra estaba increíble, vestía una blusa ajustada de color blanco que mostraba su firme abdomen y la perforación brillante que decoraba su ombligo. Su falda era tan pequeña que, en vez de falda, parecía un cinturón grueso que apenas la cubría. Además, su maquillaje era fuerte y destacable, pero Keyra era Keyra, ella podía enredarse con una bolsa para basura y seguiría luciendo espléndida.

Kevin hizo una mueca:

—¿Qué no estabas cogiendo con Brandon? —escupió.

—¿Qué no estabas buscando tu cerebro? —devolvió.

—Perra.

—Golfo.

Se fulminaron con la mirada y Kevin se fue mientras prorrumpía en una sarta de groserías.

En cuanto se alejó, Ginger sintió la mirada inquisitiva de Keyra sobre ella. Su compañera de instituto la miraba con creciente curiosidad, de arriba abajo; tenía una mano sobre su hombro y con la otra giraba el contenido dorado de su copa.

Luego de una tensa evaluación, enarcó una perfecta ceja en un gesto desdeñoso y dijo:

—¿Escorpi?

Ginger solo logró asentir sin contacto visual.

—Madre mía. —Se acercó hasta situarse junto a Ginger y entrelazó su brazo con ella, ¡Ginger no lo podía creer!—. Bromeas, ¿verdad? Tú no puedes ser Escorpi. —Soltó una estúpida risa de bruja y dio un sorbo a su bebida—. Bueno, como sea, ¿dónde está tu amigo? —preguntó mientras se paseaba con ella por el centro de la pista hasta el otro extremo donde estaba el barman sirviendo brillantes tragos multicolores.

Keyra le puso a Ginger una bebida en las manos sin preguntarle y esperó a que diera un sorbo.

Ella vaciló, se suponía que no debía tomar, aún no sabía si era alérgica al alcohol: un sorbo en falso podría matarla, pero Keyra la estaba observando. Se encogió de hombros

y acercó el vaso a sus labios. El líquido endulzó su lengua y corrió de forma placentera por su garganta dejando un suave calorcillo a su paso.

No estaba mal, nada mal.

—No pudo venir, él tuvo... cosas que hacer.

Ginger captó la decepción en los perfectos rasgos de Keyra y notó que ya no la miraba con tanto interés.

—Ah, es una pena. —Volvió a su modo «mírame y no me hables»—. Bueno, ya será en otra ocasión, pero asegúrate de traerlo, ¿quieres, Gina?

—Ginger... —corrigió, pero Keyra ya se había ido.

La fiesta siguió.

Canción tras canción.

Sorbo tras Sorbo.

Ginger terminó con su bebida y pidió otra. Cuando acabó con la segunda sintió que se relajaba de forma considerable. Se sentó en un taburete y pidió al barman que le volviera a rellenado su vaso. Él empleado, que era guapo, le sonrió y sirvió el trago hasta el tope.

Ginger se lo tomó todo mientras marcaba el ritmo de la música con el tacón de uno de sus zapatos y tamborileaba en la barra con la mano.

—Oye, Henry —llamó de nuevo al barman agitando su vaso en el aire—, llénalo, por favor.

Se lo acabó.

Y al cabo de un rato:

—Yujuuuu, Henry, mi amor...

Vaso tras vaso sintió que se acaloraba y algo en su interior se encendía, clamando por liberarse.

—Uff, ¿hace calor aquí o son mis nervios? —Se estiró un poco el escote del vestido y se abanicó los pechos con la mano.

Sí, así es: estaba borracha hasta los pelos.

Se levantó de su asiento y caminó medio tambaleante entre los cuerpos de la pista. Una mano anónima emergió de la multitud y le dio un pellizco en el trasero, ella solo dio un respingo y soltó un grito. Luego se rio, agitó su cabello y siguió su camino hasta salir al jardín donde los bikinis de dos piezas y los torsos desnudos se adueñaban del *jacuzzi* y de la piscina.

Los tacones de Ginger se enterraban en el césped, así que optó por quitárselos y

arrojarlos lejos. Con una bebida en su mano, caminó hasta una mesa de jardín y con torpeza subió un pie en ella y luego el otro. Se tambaleó y casi cae, pero no soltó el maldito trago.

Cuando encontró el equilibrio y estuvo totalmente de pie sobre la mesa, levantó ambos brazos, con el vaso en mano, y gritó llena de ciego júbilo:

— ¡Está es la mejor fiesta del mundoooooo!

Los que se encontraban afuera llamaron a los de adentro para que salieran a ver a la borracha que saltaba, giraba y bailaba sobre la mesa.

Alguien corrió el rumor de que esa chica era Escorpi —Keyra por supuesto— y sacaron sus celulares para inmortalizar el momento por toda la eternidad.

Pronto, el jardín parecía un concierto gracias a las docenas de lucecitas de celulares que filmaban y tomaban fotos.

El DJ paró la música, era más que evidente que le habían quitado el trabajo de animador.

Un micrófono inalámbrico fue pasado de mano en mano hasta que llegó a Ginger, quien lo tomó encantada de la vida.

— ¡Hey, Escorpi, di algo! — gritó un chico del público que hacía un megáfono con las manos alrededor de su boca.

Todos asintieron con exclamaciones y con silbidos. Ginger no se acordaba quién demonios eran todos esos y menos cómo había llegado hasta ahí, pero ¿qué más daba? Le habían dado la palabra por primera vez en toda su existencia y la iba a aprovechar.

— ¡Son todos unos bastardoooooooooooooos! — gritó al micrófono con un acento pastoso y señaló a todos los presentes. Cada uno de ellos se quedó atónito.

— Por eso... — soltó un hipido y se tambaleó — *losh odio a todosh.*

Silencio mortal.

Parecía que Ginger se había quedado dormida de pie, porque cerró los ojos y no reaccionaba; sin embargo, sorprendió a todos cuando abrió y agitó los brazos bruscamente, de derecha a izquierda, en ademán animador.

— ¡Vamos, canten conmigo! — pidió —. *'Cause this is thriller, thriller night, and no one's gonna save you from the beast about to strike.*

Los jugadores de *rugby*, las porristas, la gente popular, todos estaban siendo testigos del mejor suicidio social que la élite de Dancey High hubiera visto en toda su historia.

— *You know it's thriller, thriller night!*

Si antes tenían razones para burlarse de ella, o al menos se las inventaban, ahora sí

que las tenían de sobra para abastecerse y atormentarla por el resto de su patética vida. Keyra saboreaba la humillación de Ginger en los labios.

CAPÍTULO 8

Se acabó la fiesta

Lo recordó. ¡Lo recordó!
Sebastian corría en la oscuridad con toda la potencia que sus humanas piernas le permitían.

En cuanto cambió, lo primero que acudió a su mente fueron las palabras: «viernes», «fiesta», «suicidio social» y «Ginger».

Todo encajaba. Con una mano se cubrió los atributos masculinos y con la otra lo que podía de su carne trasera. Corrió sigilosamente, como un gato, hasta la parte trasera de la casa de Ginger donde la señora Kaminsky solía dejar colgada la ropa recién lavada. No había mucho que escoger, la mayoría de la ropa era de Ginger y de su madre. Se estremeció mentalmente solo de imaginarse usando vestido, pero entonces vio la luz. Al final de la cuerda había una camisa de manga larga negra que ondeaba con el viento. La jaló sin más y, mientras trataba de abotonársela a toda prisa, buscó con la mirada indicios de ropa interior.

¡Nada! Solo veía unas bragas diminutas de Hello Kitty.

Y... no. Ni muerto.

Tomó el pantalón negro de pana de la cuerda y se lo embutió, como siempre, entre quejidos sobre la escualidez del padre de Ginger. Esta vez no había zapatos cerca, pero no podía irse descalzo. Así que, con todo el dolor de su masculino corazón, se puso los únicos calcetines que veía: unos de arcoíris que pertenecían a Ginger.

Sebastian se detuvo un momento para jadear y recargar las manos en sus rodillas. Miró la luna y supo que eran poco más de las tres de la mañana. Si su superolfato no le fallaba, se encontraba cerca de Ginger; podía oler su perfume, incluso, casi podía ver el camino serpenteante de sus partículas en el aire.

Hinchó su pecho con una gran bocanada de aire nocturno y continuó corriendo con las fuerzas renovadas. Las plantas de los calcetines ya estaban arruinadas, pero eran horribles de por sí; estaba seguro de que le hacía un favor al destruirlas.

El olor de Ginger, mezclado con la cerveza, el sudor, la comida y el vómito se hizo más intenso cuando llegó a la entrada en arco de una calle plagada de mansiones que

flanqueaban la calzada. Todo estaba dispuesto en penumbras a excepción de la última mansión que tenía cada una de sus ventanas iluminadas por la luz interior.

Sebastian se acercó, la música era cada vez más aturdidora; seguramente eso explicaba por qué habían huido los vecinos.

En el camino empedrado de la entrada se encontró con distintos grupitos de chicos y de chicas que hacían bulla y bailaban muy pegados los unos de los otros mientras reían. Pronto, una chica pasó corriendo frente a Sebastian, la pobre parecía sufrir arcadas y se dirigía en dirección a la fuente central. Otra muchacha pasó tras ella, trataba de apartarle el cabello de la cara, pero de nada sirvió porque la primera vomitó sobre sus zapatos justo antes de llegar a la fuente.

Sebastian se estremeció mientras escuchaba las risas burlonas de los que habían presenciado el accidente:

—Velo por el lado bueno, ahora tus zapatos ya tienen color. —La señalaron con los dedos mientras oían más risas.

En la escalinata, notó que había un montón de vasos tirados y algunos cristales de botellas de cerveza desperdigados. Sebastian trató de no clavarse nada en los pies y se internó en la casa.

Los cuadros estaban chuecos e incluso vio que un sostén de encaje colgaba de una escultura. Incluso observó que había globos largos hechos con... ¿condones? Sí, lo eran.

Sebastian escuchó más bullicio y a una voz masculina con acento *hippie* hablar por un micrófono:

—Pero ¡qué impresionante! Brandon, trae otra botella, amigo... —Sebastian entró en el centro de una gran sala vacía y miró alrededor. La bulla no provenía de ahí, pero al mirar hacia una de las ventanas... —. Aquí está la botella, ahora ¿qué decimos?

Alcanzó a ver que la mayoría estaba afuera. Los invitados tenían sus celulares en las manos y enfocaban con ellos a un punto frente a ellos.

—¡Fondo, Escorpi! ¡Fondo, fondo, fondo, fondo!

«¿Escorpi?».

Algo se accionó en el cerebro de Sebastian y corrió tras empujar las puertas traseras; se quedó helado con la escena que se desarrollaba frente a sus ojos:

Ginger estaba de pie sobre una mesa en la peor de las condiciones: el vestido se le había subido de un lado de la pierna exhibiendo parte de la tela de sus bragas negras; uno de sus tirantes se le escurría por el brazo y amenazaba con dejar escapar uno de sus pechos, su cabello estaba alborotado y su maquillaje absolutamente corrido.

Echaba la cabeza hacia atrás todo lo que podía para beberse la botella de cerveza de un solo trago. Sebastian no lo pudo soportar. Era demasiado. Seguro mataría a todos los testigos, pero primero... la mataría a ella.

—¡Wuaaaaaajuuuuuu! —exclamó Ginger luego de limpiarse el rastro de cerveza con el antebrazo mientras se tambaleaba y levantaba los brazos, triunfal.

Arrojó la botella vacía por encima de su cabeza hacia la piscina, donde cayó junto con las demás botellas.

Los presentes estallaron en vítores y en silbidos.

—¡Otra, otra, otra! —pidieron

—¡Sí! Otra —consintió Ginger que agitaba los brazos de un lado a otro y movía las caderas.

—¡Ginger! —gritó Sebastian mientras se abría paso entre el calor del gentío.

Ginger no lo escuchó, estaba demasiado ocupada moviendo el trasero; aunque ella no lo sabía, bailaba de forma bastante *sexi* cuando estaba borracha.

Pronto, sintió que una mano firme y cálida la asía por la muñeca y le clavaba los dedos en el pulso. Ella miró hacia abajo y cuando su vista dejó de reproducir tres veces lo que ocurría, se concentró en la persona que la tenía agarrada por la muñeca. Subió la mirada con lentitud por el brazo fuerte del sujeto hasta encontrarse con la mirada aniquiladora de Sebastian. Sus rasgos eran de piedra: sus labios formaban una línea recta y apretada, las cejas casi se unían en el frunce de su frente y su mirada era oscura, cargada de algo que Ginger descifró como furia. Los ojos de Sebastian hervían en ira, se le notaba en toda la postura.

—Vaya —consiguió decir Ginger tras un hipido doble—, miren quién se dignó a venir. —Alzó la cabeza para que todos la oyeran—. Oye, DJ, pásame ese micró... —soltó un hipido— ...fono. —Agitó su mano vacía en dirección al *disc jockey*.

Sebastian la sujetó con más fuerza por en la muñeca.

Cuando Ginger tuvo el micrófono en su mano, lo acercó a su boca y apuntó a Sebastian con un dedo acusador:

—Este tipo que me está agrediendo —soltó otro hipido— tiene el trasero más delicioso que he visto en toda —un hipido más— mi maldita vida; y si no me creen, mírenlo —declaró.

Sebastian saltó para alcanzar el micrófono y arrebatárselo, pero Ginger se agachó y forcejeó con él para que no se lo quitara.

—Oye, dámelo. ¡Es mío! —chilló.

— ¡No! ¡Tú vienes conmigo en este momento!

— Tu trasero irá contigo. Yo no iré a ningún lado grandísimo —se le escapó otro hipido— amargado.

Los invitados escuchaban la pelea que tenían gracias al micrófono. Keyra incluso sacó su cámara profesional con *smile shot* para tomar fotos de primera calidad.

— Eres demasiado malo conmigo, vamos, dame un beso. —Se acercó a él con los labios fruncidos y enganchó los brazos alrededor de su cuello.

A Sebastian le hubiera encantado acceder, pero no en esas circunstancias. Así que apartó la cara.

—Ginger... ¡Ginger, contrólate!

Ella perdió el equilibrio, la mesa empezó a volcarse y Ginger cayó. Sebastian no tuvo más remedio que atraparla en sus brazos, lo que implicó que debió descuidar sus labios. Estos se convirtieron en una presa fácil para Ginger quien, con un movimiento de cabeza y tomando la mejilla de Sebastian, le giró la cara y cerró los ojos de forma automática para estampar sus labios contra los de él.

Las chicas soltaron chillidos y los chicos protestaron.

De repente, se escuchó el sonido agudo de las sirenas de patrullas reverberando por la calle.

— ¡La policía! —gritó alguien desde el interior de la casa.

Todo el mundo corrió buscando escondite y se desató el pánico general. Algunos escalaron la barda, los más tontos fueron hasta sus autos con la idea de escapar; pero a esos fueron los primeros que atraparon.

Sebastian cargó a la ebria Ginger con más firmeza y cruzó el jardín a grandes zancadas. Abrió la puertecilla trasera de una patada y salió a la desierta calle que estaba tras la mansión de Keyra. Allí reinaba la humedad de la noche y los grillos daban su concierto.

Ginger se revolvió en sus brazos y él la depositó en el suelo. Ella no podía mantenerse erguida así que le puso un brazo por encima de sus hombros para que tuviera un punto de apoyo, también le reacomodó los tirantes del vestido y posó una mano en la cintura de Ginger para ayudarla a caminar.

— No sé en qué estabas pensando... —masculló para sí mismo en tono glacial, pero se aseguró de que ella también lo escuchara.

—Sebastian...

—Yo pensé que eras diferente, pero ya me di cuenta de que, por ser capaz de seguir

a otros, tienes el cerebro tan pequeño como un microbio.

—Sebastian...

—¿En serio? ¿Qué creías Ginger? ¿Qué así te ibas a ganar su respeto?

—¡Sebastian! —chilló.

—¿¡Qué!? —respondió, ofuscado.

—No me... —le dio una arcada —, no me siento bien.

—Oh, Dios...

Sebastian puso los ojos en blanco y la condujo con rapidez hacia un arbusto pequeño. Ginger vomitó todo el contenido de su estómago de manera intermitente, necesitaba frenar para tomar aire y para llorar. Sebastian le retiró el cabello de la cara y se lo sujetó en una coleta mientras le acariciaba la suave piel de la nuca para tranquilizarla.

—Lo siento —dijo ella.

—No hables —pidió.

Y no lo hizo, porque volvió a arquearse para vomitar.

Para cuando terminó, Ginger estaba exhausta. Jadeaba, sollozaba, ni siquiera podía cargar con su alma. Pronto se desplomó, pero los agudos reflejos de Sebastian la atraparon. Él tuvo que llevarla en su espalda, con los brazos de Ginger alrededor de su cuello y su mejilla contra el hombro por varias calles desiertas hasta que vio que un taxi se aproximaba.

Sebastian se las ingenió para liberar una mano y hacer una seña para detenerlo. El chofer miró a Ginger una fracción de segundos sin inmutarse, todos los días a esa hora transportaba ebrios, ya estaba acostumbrado.

—A la calle Downing, por favor.

Ginger iba cabeceando contra el hombro de Sebastian.

—Mis padres me matarán —murmuró entre sueños.

—Sí, lo harán. Y no haré nada para impedirlo —susurró.

—Me lo merezco.

—Al menos lo admites. Creo que ya estás regresando en ti.

—Me he arruinado totalmente, ¿sabes? Bueno, ya lo estaba, pero mi autoestima bajó de menos diez a menos cuarenta.

Sebastian torció los labios en una mueca. A pesar de todo, le dolían en el alma las consecuencias a las que ella tendría que enfrentarse en la escuela.

—Tal vez podría cambiarme de colegio, pero Keyra tiene sus contactos... De seguro

a todos los pondría al tanto de mí... —Su voz se fue apagando conforme hablaba y Sebastian sintió el peso de su cabeza desplomarse en su hombro.

—No seas tan dramática... —respondió—. ¿Ginger? —Al no recibir respuesta, se dio cuenta de que se había quedado dormida, pero cuando le tocó la mejilla la sintió helada. Entonces, él se alarmó—: Ginger, reacciona. —La tomó de los hombros y su cabeza se inclinó hacia atrás con peso muerto—. Ginger, ¿qué tienes?

Sebastian, angustiado, la sacudió por los hombros. El chofer lo observó por el retrovisor y le preguntó:

—Eh, muchacho, ¿está bien tu amiga?

Los ojos de Sebastian se encontraron con los del chofer en el espejo.

—Llévenos al hospital —exigió.

El chofer asintió, giró el volante con brusquedad y pisó el acelerador casi a fondo.

CAPÍTULO 9

Emergencia

Por fortuna, el chofer no le cobró ni una sola libra por el viaje e, incluso, le abrió la puerta a Sebastian para que pudiera salir corriendo con Ginger en brazos.

Tenía miedo. Tenía muchísimo miedo. No entendía nada y no sabía lo que pasaba. Ginger parecía muerta: su cabeza y sus brazos colgaban lánguidamente y todo su cuerpo temblaba como si tuviera hipotermia, aunque Sebastian sudaba a litros.

Las puertas de cristal se abrieron de forma automática con un reconfortante susurro cuando él se acercó. El olor era el típico de un hospital: desinfectante para pisos, alcohol y medicamentos. Sin embargo, el vestíbulo se encontraba totalmente vacío.

Sebastian miró de manera frenética a su alrededor y se dirigió al cubículo con forma de semicírculo que era la recepción. Sobre el escritorio había una pila de papeles, una taza de café humeante y una computadora encendida reproduciendo algo de YouTube; pero ni rastro de la recepcionista. El teléfono comenzó a sonar y eso lo desesperó más.

—Maldición, ¿es que no hay nadie aquí? —gritó mientras miraba hacia la cámara de seguridad. Ginger se ponía cada vez más blanca y fría—. Aguanta, por favor. —Notaba el temblor en su propia voz.

Apretó la cabeza de Ginger contra su pecho y corrió por un pasillo. Gritaba y

suplicaba por la ayuda de quien fuera: un conserje, la recepcionista, una enfermera, ¡cualquiera!

Se le empañaron los ojos, casi no veía por donde iba a causa de las lágrimas de frustración que se le acumulaban sin derramarse. De repente, chocó con alguien y el golpe lo ayudó para sacudir el llanto de sus ojos.

—Oh, cuidado chico... —El hombre lo sujetó de los hombros y la sonrisa que lucía se desvaneció gradualmente al ver la desconsolada mirada de Sebastian.

—Por favor... —murmuró Sebastian mientras el hombre lo ayudaba a cargar a Ginger—, ayúdela.

Afortunadamente parecía que se había topado con un médico; era joven y llevaba una impecable bata blanca con su apellido bordado del lado del corazón. Ginger pasó del cálido círculo de los brazos de Sebastian a los del doctor, quien la depositó en una camilla a un lado del pasillo.

Con aire profesional, el doctor la mantuvo sentada y apoyó la cara de Ginger contra su pecho. Se descolgó el frío estetoscopio que tenía en su cuello y con el aparato comenzó escuchar los pulmones de ella.

Sebastian tuvo que recargarse en la pared, ¿cómo es que los doctores conseguían tanta serenidad en un momento así? Él se estaba desmoronando...

Le desesperaba ver la forma detenida que tenía para examinar los signos vitales de Ginger sin llegar a ninguna conclusión, sin mediar con él una sola palabra acerca de lo que tenía. Ella, por su parte, no dejaba de temblar. Sebastian lo observaba absorto por lo que no escuchó cuando el doctor le habló por primera vez.

—Oye, chico, te pregunté qué pasó.

Sebastian volvió en sí, aturdido, y sacudió la cabeza.

—Estuvo bebiendo, pero...

—Por Dios, no hubieras dejado que se durmiera —reprendió con tono impersonal mientras daba palmaditas en las mejillas de Ginger.

—¿Por qué? ¿Qué tiene? —preguntó, desesperado.

El médico vaciló antes de dar su diagnóstico:

—Me temo que es muy probable que haya entrado en estado de coma etílico... Manténla en esta posición para que no se ahogue si llega a vomitar. Iré por las enfermeras.

El tormento que causaba la palabra «coma» se arremolinó alrededor de Sebastian y lo envolvió en un mar de preocupación. Era como si le hubieran dado un puñetazo

directo al estómago; el dolor que le causaba el nudo que atenazaba su garganta no tenía nombre.

En términos generales, él sabía qué era «estar en coma», pero a ciencia cierta desconocía su significado. Solo sabía que las personas que lo habían sufrido podían despertar o podían no hacerlo... y todo lo que restaba era desconectarlas para dejarlas ir.

¿Por qué? ¿Por qué de todas las personas disponibles en el mundo para matar tenían que elegir precisamente a Ginger? Era una cosa horrible para pensar, horrible, pero cierta.

Mantuvo a Ginger abrazada contra la calidez de su cuerpo hasta que escuchó pasos apresurados a su espalda y el repiqueteo de un par de tacones.

—Dios mío —gritó una mujer que lo apartó de un inconsciente empujón y rodeó a Ginger con los brazos—. ¿Qué te hicieron, preciosa?

La mujer levantó sus ojos verdes arrasados en lágrimas y cruzó la mirada con los de Sebastian, que también estaban enrojecidos e hinchados. El parecido con Ginger era más de lo que él podía soportar: su madre era idéntica a ella.

Segundos más tarde, acudió en tropel un pequeño ejército de enfermeras. Para Sebastian el tiempo pareció transcurrir en cámara lenta. Él observó cómo subieron el respaldo de la camilla y cómo le colocaron una máscara de oxígeno. Luego le introdujeron una espantosa aguja en el interior del codo y la conectaron a una pequeña bolsa de suero que colgaba de un soporte anexo a la camilla.

Se la llevaron, inerte, a una habitación con un letrero de «sala de emergencias». La madre de Ginger cerró la puerta justo en el momento en que Sebastian iba a entrar.

Todo era tan irreal.

Él recargó la espalda contra la fría puerta y dejó que su cuerpo se deslizara hasta quedar sentado en el suelo. Por alguna extraña razón, comenzó a recordar los pocos momentos que había pasado con Ginger. Hacía una semana ella le había cerrado la puerta del mismo modo en que se la cerró hacía un momento su madre: hay mañan que se heredan.

En contra de su voluntad, la comisura de su labio se elevó en una triste sonrisa. Acto seguido, se llevó las manos a la cara y se apretó los ojos para que no saliera ni una sola lágrima... pero, aunque lo intentó, se le escapó una que descendió por su mejilla y se rompió contra el piso.

Sebastian estaba soñando con una luz al final del túnel que bailaba de un lado a otro.

– Yujuuu...

Escuchó una voz masculina muy agradable que retumbaba con eco. ¿Quién le hablaba? ¿Dios?

– Tierra llamando a chico dormido en el piso. Repito: Tierra llamando a...

La luz se hizo más nítida cuando logró entreabrir los ojos. Descubrió que un hombre estaba hincado a su altura y le apuntaba a la cara con una lamparita de médico, de esas para mirar las pupilas o en el interior de la nariz.

Sebastian se revolvió un poco e hizo una mueca de dolor al sentir que sus músculos protestaban. ¿Dónde diablos estaba?

Miró a su alrededor. Más allá del hombrecillo frente a él, se extendía un pasillo azul celeste iluminado por la fluorescencia de las lámparas que había en el techo. Levantó la mirada y leyó: «sala de emergencias».

Su corazón se aplastó bajo el parpadeante letrero electrónico. Ginger, ¡tenía que saber cómo estaba Ginger! Tenía que saber si la volvería a ver una vez más o...

Se puso en pie con un impulso e ignoró sus propios malestares físicos. Abrió las frías puertas metálicas sin que le importase que llegara seguridad y lo arrastrase fuera del hospital como un costal de papas.

Se internó en la habitación. Hacía un frío del infierno que le caló los huesos. Recorrió la sala con la vista, el lugar estaba abarrotado con instrumental médico, con tubos, con jeringas, con cables y con monitores de todo tipo que servían para comprobar signos vitales. A un lado de estos, yacía una cama que ocultaba a una persona tras cortinas verdes.

Sebastian tuvo que masajearse el pecho con una mano para calmar sus latidos. A medida que se acercaba y extendía la mano, sus pasos avanzaban más lentos. Posponía la crudeza de lo que aguardaba al otro lado de la barrera de tela.

Tan cerca y tan lejos.

Asió un extremo de cortina y lo apretó un momento para volverlo a soltar:

«Dios, Buda, Mahoma, Madre Teresa de Calcuta o quién sea, dame fuerza», pensó.

Tomó ambos extremos de la cortina y los corrió con determinación al tiempo que sus latidos ya no le permitieron esperar un momento más. La situación lo estaba matando y no pudo evitar quedarse desconcertado con lo que vio: nada.

No vio nada.

Las sábanas blancas de la camilla estaban dobladas con pulcritud al pie del colchón, el cual aún conservaba una leve depresión en el centro que recordaba a la silueta de la última persona que la ocupó. Sebastian tomó la baranda de la cama con ambas manos mientras clavó la mirada en la cama.

En el centro de la almohada destelló un fino y largo cabello rojizo que serpenteaba en la mullida superficie.

—Gin... —susurró con un nudo que estrujaba sus cuerdas vocales.

El peso de una mano firme se posó sobre su derrotado hombro:

—Tú eres el que la trajo anoche, ¿verdad?

Sebastian miró al hombre por sobre su hombro, con los ojos cargados de angustiantes preguntas.

Y lo reconoció. Era el padre de Ginger.

—¿Dónde está? —preguntó mientras hacía acopio de todas sus fuerzas para no zarandearlo por el cuello de la camisa en un acto psicópata en busca de respuestas.

—En un lugar mejor.

«¿¡Qué!?».

—¿¡Qué!? —no pudo contenerse y lo agarró del cuello de la camisa como una pantera que atenaza a su presa.

Derek Vanderbilt se mostró sorprendido con la reacción del muchacho, pero acto seguido esbozó una sonrisa bonachona y posó sus manos en el agarre de Sebastian para que lo soltara. Las puntas de sus pies apenas tocaban el suelo.

—Vaya, ¡qué fuerza! Ahora me explico cómo es que cargaste a la bestia de Ginger.

—Ensanchó su sonrisa.

Sebastian frunció el ceño y trató de encontrar una excusa para no partirle la cara. ¿Cómo podía hacer esos comentarios en una situación así?

Sebastian lo soltó de mala gana y entrecerró los ojos:

—¿A qué se refiere con eso de que «está en un lugar mejor»?

El hombre estudió el rostro de Sebastian un momento tratando de descifrar quién era él en la vida de su hija y por qué le importaba tanto Ginger. No es que la menospreciara, pero era muy consciente de que ella nunca había tenido una vida social de la que hablar en la mesa.

—La habitación de arriba es mejor, así que fue trasladada a...

Dejó que la frase flotara en el aire cuando Sebastian salió corriendo en busca de

Ginger. Derek sonrió, negó con la cabeza y esperó.

Tres.

Dos.

Uno.

Sebastian asomó la cabeza por la puerta y, avergonzado, preguntó:

– Amm... ¿Dónde queda exactamente esa habitación?

Una congestión alcohólica era lo que les sucedía a las personas que les patinaba el coco y tomaban como si fuera el último día de su vida. Provocaba vómitos, desorientación, mareo, falta de control en los músculos y, en los casos más extremos, un coma.

A Sebastian casi le da un coma de felicidad cuando de la boca del padre de Ginger salieron las palabras más reconfortantes de todo el universo:

– Despertó hace dos horas y lo primero que dijo fue «¿dónde está mi gato?».

Tuvo que luchar para evitar que se le notaran las emociones que le cosquilleaban en el estómago. La felicidad no cabía en su cuerpo y la sonrisa no cabía en sus labios. Sebastian estaba a punto de abrir la puerta cuando el picaporte giró desde el otro lado. Él se quedó quieto en el momento en que la puerta se abrió y tras ella se alzaron un par de ojos verdes.

Pero no eran los ojos verdes que quería ver.

La madre de Ginger lo miró con recelo y le impidió la entrada.

– ¿Podría pasar a...?

Ella levantó la barbilla en un gesto desafiante:

– Lo siento, está dormida.

– Déjalo entrar, Loren. Después de todo él fue quien la trajo.

Loren lanzó a su marido una mirada de reproche:

– Derek...

– Se lo debes...

Y con eso último se hizo un momento de tenso silencio. Loren se apartó, como quien no quiere la cosa, y dejó pasar a Sebastian. Él no esperaba que lo dejaran a solas con Ginger, pero para su sorpresa así fue.

La habitación estaba en silencio salvo por las pulsaciones agudas que emitía el electrocardiograma y el ronroneo del aire acondicionado.

Sebastian caminó con lentitud hasta estar frente a la cama donde yacía Ginger. Había recuperado algo de color en las mejillas, pero aún se le transparentaban las venas trazando un intrincado mapa en la piel. La máscara de oxígeno se empañaba cada vez que ella respiraba.

Eso era lo más reconfortante para él: que respirara.

Sebastian sonrió y, de repente, se quedó inmóvil cuando Ginger pestañeó y lo miró. Se quedaron mucho tiempo así, parpadeando y viéndose el uno al otro; trataban de decidirse si eran reales o solo eran producto de la imaginación del otro.

Finalmente, Ginger esbozó una débil sonrisa tras el respirador y extendió la mano que tenía una pinza blanca en su índice. Sebastian rodeó la camilla hasta estar al lado de ella, luego se inclinó para depositar un beso en la frente de Ginger. Ella cerró los ojos y él le tomó la mano.

Uno a uno, entrelazó sus dedos con los de ella, era difícil ver dónde empezaba una mano y dónde terminaba la otra. Sebastian recargó la barbilla en el barandal de la camilla y Ginger se ahogó una vez más en su felina y azul mirada. Sus ojos brillaban y estaban un poco enrojecidos, parecía que había pasado la noche llorando. Aunque era difícil imaginar algo así, a ella se le partió el corazón. Después de todo, había sido su culpa, había sido su estupidez.

Él estiró una mano para retirarle un mechón de la frente.

—Me asustaste, Gin —susurró absorto en su tarea de desenredar los mechones rebeldes de cabello—. Nunca me había asustado tanto, ¿eres tonta o algo?

—Algo.

Sebastian la miró sorprendido de su respuesta y soltó una carcajada que eliminó la última gota de tensión que quedaba en su cuerpo.

Ginger sonrió al observarlo, pero la sonrisa se fue desvaneciendo de forma gradual. No recordaba nada de la noche anterior, pero sí recordaba lo sucedido una semana atrás. Aunque le dijera a Sebastian un «lo siento» cada media hora de los 365 días del año, por el resto de su vida, su autoestima no le permitiría perdonarse a sí misma por todos los disgustos que le había causado.

Soltó su mano y la cerró en puño sobre el colchón.

—Lo siento, lo siento muchísimo. De verdad, lo siento... Perdóname por ser estúpida y por no haberte escuchado antes. —Desvió la mirada a sus pies—. No necesitas que alguien como yo te complique más la vida. La mía es un desastre, por favor olvídate...

—Oye, Gin...

Ella levantó una mano.

—No, no, no. Déjame terminar, por favor. —Antes de continuar tomó aire—: Soy fea.

Sebastian frunció el ceño, sin comprender muy bien qué diantres tenía que ver una cosa con la otra.

—Estás chiflada, eres preciosa —arguyó con sinceridad.

Ginger hizo caso omiso de sus palabras y continuó con la letanía:

—Mírame: soy plana y esquelética como un bambú masticado por los pandas, además heredaré los pechos de mi padre.

Sebastian luchó por reprimir una de sus escandalosas risas.

—Estás bien así.

—Vaya, qué consuelo, además, ni siquiera tengo amigos.

Él se ofendió. De nuevo lo estaba dejando pintado al no contarle como amigo:

—¡Claro que los tienes!

Ginger lo miró sarcástica.

—Sí, que olvidadiza soy... Mira qué bonito, hasta los cuento con los dedos. —Agitó sus largos y esbeltos dedos frente a su cara—. ¿Y cuántos me sobran? Diez.

Sebastian puso los ojos en blanco:

—Bien, ya capté el mensaje.

—Además... nadie me ama, no le gusto a nadie —continuó.

—Eso no es cierto. Yo sé de alguien a quien le gustas mucho.

—¡Ja! Sí, cómo no... —burló ella—. ¿A quién?

Sebastian enderezó la espalda en su silla y miró el perfil de Ginger con seriedad:

—A mí.

Ella se volteó con brusquedad para verlo. Imposible, no podía ser cierto. Sin embargo, los ojos de él reflejaban la verdad. Cuando ella miró dentro de esos dos pozos azules supo que sus palabras eran sinceras. Su corazón comenzó a gritar con cada palpitar: estaba en terreno totalmente desconocido.

Su mente admitía: «Me encantas. Quiéreme. Bésame. Enamórate de mí. Acércate. Necesítame. Elígeme de entre un billón de personas...», pero sus labios estaban sellados; no sabía qué decir.

Las emociones se apetonaron en su interior. Nunca había sido tan difícil sentir, pensar y decir algo al mismo tiempo.

De pronto, la puerta se abrió:

—¡Hora de un divertido lavado de estómago! —canturreó una regordeta enfermera que empujaba una silla de ruedas delante de ella.

Ginger soltó un gemido, producto del alivio y de la decepción.

La enfermera, ajena al momento que había interrumpido, procedió en su eficiente tarea de instalar el suero en la silla de ruedas y en desconectar a Ginger de los aparatos. Luego comenzó a bajarla de la camilla. Sebastian se levantó de su asiento y se apresuró a ayudar.

—Oh, no te molestes lindo, yo puedo —comentó la mujer.

—No es molestia, créame. —Enredó los brazos de Ginger en su cuello y la levantó en brazos.

Una sensación distinta los embargó cuando se tocaron. La atmósfera cambió de golpe y Sebastian se quedó inmóvil con el extraño oleaje de sensaciones que implicaba la cercanía de Ginger. Ella también se tensó, pero ninguno dijo nada y cuidaron de no verse a la cara.

Sebastian la depositó con cuidado en la silla de ruedas. Cuando él se enderezó, sus ojos azules se cruzaron con los verdes de ella y fue inevitable sonreírle.

La sonrisa perduró mucho después de que la enfermera saliera empujando la silla de Ginger e incluso tras cerrar la puerta. El calor corporal de ella se había impregnado en su cuerpo para él fue imposible pensar en otra cosa por el resto del día.

CAPÍTULO 10

Amiga

—¿
c
astigada? —preguntó Sebastian mientras batallaba con una camisa que no le quería entrar por la cabeza.

Ginger estaba tumbada en la cama y ocultaba su sonrojada cara en la almohada. Se había devanado sus pelirrojos sesos buscando una alternativa para que Sebastian entrara a la casa sin que sus padres se dieran cuenta y, después de que su cerebro se iluminara, fue por la manguera del jardín. Llamó a Sebastian y lo atacó con el chorro de

agua más potente que le ofrecía la boquilla. Una vez él estuvo en su tierna forma animal, resultó muy fácil entrarlo por la ventana.

—Y hasta la graduación... —dijo ella con la voz amortiguada contra la almohada.

—¿No te dejarán asistir a tu graduación? —preguntó él.

Ginger levantó la cabeza y miró por encima de su hombro. Su sacrosanto pudor le decía que apartara la vista de los 185 centímetros de humanidad que tenía Sebastian, pero era condenadamente imposible no mirar cada surco de su perfecto abdomen mientras se deslizaba la camisa hacia abajo.

Él la atrapó husmeando y una sonrisita coqueta bailó en sus labios. Ginger apartó la mirada a un sitio más seguro.

—Claro que me dejarán ir, no pueden prohibirme eso.

—¿Y de qué te quejas entonces?

Ginger hizo un mohín:

—Nunca me habían castigado.

—¿Nunca?

—¡Nunca! —Observó la cara de estupefacción de Sebastian y luego enarcó una ceja—. ¿Tan normal es para ti estar castigado que te sorprende que sea la primera vez para mí?

Sebastian se acercó al borde de la cama y se sentó con sus típicos movimientos lentos.

—No soy tan pendenciero como parezco —su voz era como un ronco ronroneo—, aunque una vez estuve en prisión, pero no tuve la culpa.

—Ajá, sí.

—¡Es en serio! —Clavó la mirada en ella sin dar muestras de vacilación.

—Oh... Dios —Ginger se pasó la almohada para adelante y la abrazó— ¿Debería tenerte miedo?

—¿De un tipo que corría desnudo en la vía pública? Sí, tenme mucho miedo.

Ginger le arrojó la almohada a la cabeza y él soltó una risa profunda.

—Le pudo haber dado un patatús a alguna anciana.

—¿Qué querías? Acababa de cambiar de forma y tenía que llegar a la casa de la señora Lovett.

—Bueno, al menos no perdiste la memoria... Yo ni siquiera puedo recordar lo que pasó en la fiesta.

Sebastian se puso tenso:

—¿Nada?

Ginger torció los labios.

—Recuerdo que Kevin me acosaba y luego... —Ella comenzó a mover los ojos de un lado a otro, como si estuviera viendo las escenas de una película que solo podía ver en su mente—. Keyra lo ahuyentó y me llevó a la barra... Y después... nada—. Se presionó las sienes con los índices y cerró los ojos con fuerza.

Cuando los abrió, su mirada tocó la de Sebastian.

—Tú debes saber más que yo. ¿Qué estaba haciendo cuando llegaste?

Sebastian se atragantó con su propia saliva y empezó a toser con frenesí, incluso más de la cuenta para ganar tiempo. Ginger se empeñó en la tarea de darle palmadas en la espalda.

—Eh, tranquilo —consoló.

Sebastian se tocó el cuello y respiró con dificultad. No sabía cómo decirle la verdad.

—Estabas ebria como una cuba. Bailabas y cantabas sobre una mesa en el jardín — confesó, ya no valía la pena mentir—. Todo el mundo te tomó fotos con sus celulares y luego dijiste que yo tenía un...

—¡Fotos! —chilló Ginger y saltó a la alfombra para encaramarse en su escritorio y abrir su *laptop* con manos temblorosas—. Ya deben estar subidas a Facebook. —Se dio golpecitos en la frente contra la mesa mientras esperaba que cargara la página—. Estoy arruinada, es el fin.

Sebastian se asomó sobre el hombro de Ginger:

—¿Tienes Facebook? —preguntó con curiosidad.

—Pero por supuesto, solo que yo no lo uso para chismear y criticar las fotos de los demás.

Pronto introdujo en el buscador de amigos «Keyra Ivette Stevens» e inmediatamente después apareció una ventanita con la foto en miniatura de la susodicha. Ginger le dio clic y esperó a que se cargara el perfil de Keyra.

Ginger odiaba que todas las chicas que se creían demasiado atractivas tuvieran la misma foto de perfil que Keyra: en ropa interior o en bikini, frente al espejo de algún baño, mientras hacían la señal de amor y de paz, con los labios fruncidos. La foto se la tomaban ellas mismas, procuraban que el reflejo del *flash* saliera en el espejo. Para ella no había peor gusto que eso y Keyra lo representaba muy bien. La señora Kamy solía decir que, en sus tiempos, los baños eran para cagar, no para tomarse fotos.

Sebastian observaba cómo Ginger daba clics aquí y allá, hasta que encontró las

fotografías recientes de Keyra.

— ¿Estás segura de que quieres ver eso? — preguntó.

— No «quiero», debo.

— Pero son más de quinientas... — argumentó en un último intento por impedir que se viera a sí misma en un estado de máxima ebriedad.

Ginger ingresó al álbum de la fiesta. Las primeras imágenes eran de Keyra con sus amigas y con el resto de los invitados. Salían haciendo muecas como si hubieran chupado un limón o se los veía dándose besos en las mejillas, como si de verdad se quisieran. En todas las fotos salía una porción del brazo de Keyra ya que ella era la que las tomaba desde arriba.

Ginger las pasó con rapidez hasta que encontró la primera en la que aparecía: sentada en la barra mientras bebía un vaso de lo que sea que haya estado bebiendo esa noche mientras miraba la pista con cara aburrida. Salía algo borrosa, pero aun así se distinguía.

La siguiente era más reveladora: Ginger arriba de una mesa blanca de jardín con un vaso de cerveza en una mano y con la otra enseñando el dedo medio. Tenía la boca abierta como si estuviera gritando en una subasta, con el ceño fruncido y el rímel desastrosamente corrido.

— Oh, Dios... — ocultó el rostro entre sus manos y apretó los dientes —. No veas eso.

— No te preocupes por mí, yo lo vi en vivo y en 3 D.

Ginger le dio un puñetazo en el brazo y, haciendo acopio de fuerza, pasó a las siguientes fotografías.

Cada una era peor que la anterior. Había una que estaba tomada desde un ángulo en el que se le veían las bragas, en otra enseñaba el borde de su brasier, la siguiente se tomó justo en el momento en el que casi se cae. Otra de las fotos tenía *zoom* sobre su cara, salía con un ojo en blanco, como huevo estrellado, y el otro se veía medio cerrado, además tenía los labios abiertos y el cabello apelmazado contra las mejillas.

— Soy la cosa más horrible que he tenido el infortunio de ver — declaró.

Sebastian puso una mano en su hombro y se lo frotó:

— Bueno, ya pasó — consoló —. Ahora lo que tienes que hacer es...

— Mira, aquí sales tú — comentó Ginger con la atención sobre la pantalla.

— ¿¡Qué!? — Se inclinó con las manos sobre la mesa, a ambos lados de Ginger. Sintió que todo su cuerpo entraba en tensión, era muy probable que estuviera incluida la foto del beso, si es que a eso se le podía llamar beso...

La luz de la computadora se reflejó en los ojos de Sebastian. En la fotografía salía con el ceño fruncido, con los brazos extendidos y con las manos asidas alrededor del micrófono que trataba de arrebatarse a Ginger.

—Por Dios, dime que no peleamos como niños de cinco años por un peluche...

—No —dijo él con la mirada fija en la pantalla—, fue peor.

Las imágenes posteriores mostraron las diferentes fases de la pelea. Incluso llegaron a una secuencia en la que se veía a Ginger resbalar de forma bizarra y a Sebastian que la sostuvo en sus brazos.

Ginger recorría la sucesión de fotografías con clics cada vez más frenéticos hasta que sucedió...

La imagen del beso comenzó a descargarse en la pantalla. Aunque todavía no se veía al cien por ciento, Sebastian supo que era esa por el ángulo en el que estaban acomodadas sus cabezas al principio del cuadro. Su corazón comenzó a bombear sangre a mil por hora y, sin pensarlo mucho, lanzó los brazos hacia adelante y cerró la *laptop* con fuerza.

Ginger casi se golpea la frente contra el filo de la mesa debido al peso de Sebastian. Miró por encima de su hombro y lo fulminó con la mirada:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué haces eso? —Se volteó y trató de abrir la computadora, pero Sebastian se lo impedía con ambas manos mientras la aplastaba contra la mesa.

—¡Sebastian! —chilló—. Déjame abrirla.

—¡No! Hay cosas que tus ojos no tienen que ver.

—Pero ¿qué rayos es?

—Esteee... ¡Pornografía! —mintió.

—No es cierto. Trae acá...

Ginger se puso de pie y se la arrebató, pero, de improviso, él se la volvió a quitar de las manos de forma brusca y ocasionó que el *mouse* quedara colgando. Sebastian la sostuvo en lo alto, ella no podía alcanzarla por más que lo intentara con brinquitos. Ella era alta, pero Sebastian a su lado era una bestia.

Un chasquido robótico los dejó inmóviles:

—¿Qué fue eso? —preguntó Sebastian y buscó con la mirada el origen del sonido.

Ginger esbozó una sonrisa maliciosa:

—Acabas de mandar la foto a imprimir.

—¿Eh? —Azotó la computadora en el escritorio. Luego se acercó a la impresora que estaba a un lado y esperó a que saliera la foto.

Una vez que el sonido cesó, Sebastian, desesperado, arrancó el papel impreso de un lado y Ginger se apresuró a tomar el otro. Se miraron: Ginger desde abajo y Sebastian desde arriba.

—Dámela. —Ella jaló el papel de su lado.

—No. —Él lo jaló del suyo.

—Dámela —exigió.

—Nop. —Mostró una lenta media sonrisa.

El jaloneo fue tal que la hoja terminó por partirse en dos, tras emitir un feo sonido de rasgadura. Se quedaron pasmados por un momento y ella miró la mitad de la foto que tenía en sus manos. Había perdido parte de su frente, toda la nariz y su boca, pero se alcanzaba a ver que unos brazos fuertes que la rodeaban.

Lo que Sebastian vio en los ojos de Ginger fue: «corre o muere».

Así que él corrió. Saltó encima de la cama, ella iba detrás de él. No había mucha escapatoria para Sebastian en esa pequeña habitación: salir de ahí no era una opción. Ella se acercó más y él retrocedió hasta al borde del colchón.

—Estás loca —le dijo con una creciente sonrisa que ella le devolvió.

—Ya te tengo acorralado, gatito —amenazó.

Ella se agachó con un movimiento rápido, jaló la colcha e hizo que Sebastian perdiera el equilibrio. Él cayó de espaldas sobre la alfombra.

En el piso de abajo, la señora Kaminsky escuchó varios jadeos y golpes que provenían de la habitación de Ginger. La mujer puso los ojos en blanco e interrumpió su labor de costura:

—¡Ginger! ¿Qué demonios estás haciendo? —graznó mientras fulminaba el techo con la mirada.

—¡Matando cucarachas! —respondió Ginger, con la voz amortiguada por la distancia.

—¡Pues deja de hacerlo! Harás un hoyo en el techo de la sala con tus pisadas —refunfuñó.

—Sí, sí, Kamy... —repuso Ginger que se encontraba sentada a horcajadas sobre la espalda de Sebastian, cuya mejilla besaba la áspera alfombra.

Después de luchar y revolverse bajo ella, él supo que tenía que rendirse y ondear la banderita blanca.

—¡Jesús, mujer! ¿Dónde aprendiste eso?

—Mi padre me enseñó —contestó.

Gracias a que tenía los brazos inmovilizados de Sebastian, Ginger le pudo arrebatarse la otra mitad de la foto. Unió ambas partes y las observó: sus ojos se fueron abriendo como platos, de forma gradual.

En la fotografía, Ginger estaba suspendida en los brazos de Sebastian que se veían tensos e hinchados por sostener su peso. Los bracitos de ella rodeaban el cuello de él y una de sus manos se enterraba en el cabello de Sebastian, lo que le daba un toque de pasión al abrazo. Los labios de ambos estaban unidos como si fueran una sola persona. Los dos tenían los ojos cerrados y las pestañas de uno rozaban las mejillas del otro. A su alrededor había destellos blancos de otras cámaras y se podían ver varios rostros que iban desde la sorpresa hasta la burla.

Ginger dejó que los pedazos cayeran de sus manos y se tocó los labios con los dedos.

— Te lo advertí — dijo Sebastian desde abajo, tratando de moverse.

Ella se apartó de manera distraída, con la mirada perdida en el vacío.

— ¿Nos besamos?

— «Me» besaste — corrigió mientras se incorporaba en un codo.

La piel de ella adoptó el color de su cabello:

— Perdón — dijo con un hilito de voz.

— ¿Por qué?

— Debió sentirse horrible darme un beso. — Escondió la mirada en algún punto del entramado de la alfombra.

Sebastian se deslizó hasta estar frente a ella y quedar muy cerca. Resbaló un dedo bajo su barbilla y la alzó para obligarla a que lo mirara a los ojos.

— Ya deja de pensar que todo en ti es horrible, Gin.

Ella esbozó una débil sonrisa sarcástica:

— Vamos, no puedes decir que te haya gustado el beso de una borracha. — Su voz se fue apagando y su mirada descendió hasta los labios rellenos de Sebastian.

— ¿No crees que eso lo decido yo? — Su voz salió como un letal ronroneo capaz de derretir los nervios. Los ojos de él también encontraron los labios de Ginger. Nunca había sentido tanta necesidad de besar a alguien como en ese momento, y no pensaba hacer nada por controlar sus impulsos.

Clavó un dedo por debajo de su barbilla para acercarla con lentitud hacia él. El corazón de Ginger dolía, dolía mucho, y su respiración se descontroló. Sus nervios iban en *crescendo*, sus manos estaban a los costados sobre la alfombra y tuvo que cerrar los

puños para contener la emoción.

Sebastian podía oír su propio pulso, sentía que tenía el corazón que le latía en los oídos. Justo cuando estuvieron lo suficientemente cerca, sus alientos se mezclaron. Cerraron los ojos y las puntas de sus labios se rozaron con el más leve de los roces, Ginger dejó de necesitar aire para respirar...

Primero, Sebastian deslizó sus labios cerrados desde la comisura izquierda de Ginger hasta la derecha en una tierna caricia. Ella era consciente de cada uno de los movimientos de él y los seguía, trataba de imitarlos, de darle a Sebastian la señal que necesitaba para seguir. Tomó su rostro con ambas manos y la acercó todavía más; pero esta vez la besó con los labios abiertos para instar que ella le respondiera. Le tomó un poco de tiempo, pero al final ella abrió los labios y permitió que él que la besara con más profundidad.

Afuera, la lluvia repiqueteaba y tamborileaba con su característico ritmo en la ventana.

Sebastian deslizó las manos por el largo cuello de Ginger, perfiló la curvatura de sus hombros y enterró las yemas de los dedos en su columna.

Ella sentía que se derretía en las zonas donde él la había tocado, le quemaba su contacto con un vertiginoso y agradable calor. Estiró los brazos y los enredó alrededor del cuello de Sebastian que soltó un gemido de alivio y la atrajo hacia sí hasta que sus cuerpos se tocaron.

Ginger se mareó y de no ser porque Sebastian la abrazaba con firmeza, se hubiera tumbado en la alfombra.

Él separó sus labios con esfuerzo de los de ella para poder tomar aire. Ginger esperó con los ojos cerrados, sin embargo, cuando volvió a sentir la húmeda calidez de los labios de Sebastian, fue en la punta de la nariz, luego en la mejilla derecha, en la izquierda, en los párpados, en la frente, en el mentón... Él estaba dejando un reguero de besos por todo su rostro y, aunque no podía verlo, sentía sus labios curvados con una sonrisa. Recibió un último beso en los labios y ella también sonrió. Abrió los ojos con lentitud y se encontró que su cara estaba entre las manos de Sebastian, descubrió que él la miraba con fijeza, de la forma más posesiva y dulce posible.

—Ginger, ¿puedes bajar un momento? —llamó la señora Kaminsky desde la planta baja.

Ginger hizo una mueca y la sonrisa de Sebastian se ensanchó. Deslizó el dorso de su mano por su suave mejilla y dijo:

—Ve a ver qué quiere.

El día en que Ginger dio la cara en la escuela, tuvo que aferrarse a la manga de Sebastian para darse fuerzas. Sentía las miradas clavadas en su espalda y los murmullos resonaban en sus oídos. Algunos le gritaban cosas o le lanzaban silbidos. Sebastian deslizaba los ojos de derecha a izquierda, asesinaba a todos con su profunda mirada y contenía las ganas de patear traseros.

—¿Crees que sobrevivirás las próximas tres horas? —preguntó él con un hombro recargado en el casillero contiguo.

—He sobrevivido diecisiete años, diez meses y una semana... —cerró el casillero de un metálico portazo, empujó el puente de los lentes hacia arriba y lo miró a los ojos. Sebastian se reflejaba en sus gafas—, tres horas no son nada en comparación.

El timbre chirrió con su usual estruendo revienta tímpanos y procedió el concierto de casilleros que se cerraban. Sebastian sonrió y deslizó un dedo por la mejilla de Ginger antes de darse media vuelta y perderse en el tumulto de estudiantes.

A Ginger le ardía la piel que él tocó incluso después de que llegara al salón de Química y se sentara en el primer pupitre. Siempre era la misma rutina organizada: llegar, sentarse adelante porque era donde podía ver mejor, sacar su cuaderno y su bolígrafo negro de punta fina, cruzar las manos sobre la mesa, esperar a que los demás dejaran de perder el tiempo en los pasillos, se dignaran a entrar y continuaran con su escándalo hasta que la profesora Flichter hiciera acto de presencia.

Pronto vio siluetas por la ventanilla de cristal de la puerta. El picaporte giró para dar entrada a Keyra, quien se reía escandalosamente de algún tonto comentario que le habían hecho. Cuando pasó junto a Ginger, la miró e hizo ademán de contener una carcajada mientras le revolvía el cabello con una mano arreglada a la perfección. Las secuaces de Keyra pasaron y le empujaron el hombro, patearon su mochila y fingieron estar borrachas.

Ginger no dijo nada y se abrazó a sí misma en un gesto protector.

Por último, una chica enorme y de complexión rolliza apareció en el umbral de la puerta. Era morena y tenía el cabello demasiado ensortijado, se le disparaba en todas direcciones en su media coleta. Sus labios eran gruesos y el ángulo de sus cejas la hacía lucir como una matona malhumorada; vestía *jeans* negros y una camiseta roja de un concierto de My Chemical Romance. A pesar de su tamaño, nadie notó cuando se

sentó, en el único lugar libre, junto a Ginger porque todos estaban demasiado ocupados en acabar con su existencia.

—Ah, miren quien se dignó a venir —le dijo Leslie Withman, la aspirante a ser la próxima «Keyra»—. ¿Hoy se te quitó la resaca o sigues vomitando por el trasero?

El comentario fue acompañado de risas y Ginger se sintió aplastada como mosca, se sentía pequeña. Leslie podía ser muchísimo más hiriente y corriente que Keyra porque le faltaba bastante clase. Si tuvieran que darle el Premio Nobel a la más grosera, Leslie le ganaría a Keyra por un punto.

Ginger fingió que los ignoraba... pero a Keyra no le gustaba que la ignoraran. Sentada en las piernas de su estúpido novio Brandon, miró los frágiles hombros encogidos de Ginger y sonrió con malicia.

—Ya dejen en paz a la pobre «Gina» —dijo Keyra con toda la intención—, no es su culpa que apenas haya descubierto lo ebria que puede llegar a estar.

Más risas.

—Qué va —dijo Brandon—, a mí me parece que llevaba practicando bastante tiempo. —Dobló el codo y lo empinó con unos cuernos roqueros que hizo con los dedos para luego hacer un gesto como si estuviera bebiendo cerveza.

Ginger apretó los puños sobre sus piernas hasta que la sangre abandonó sus nudillos y se le pusieron blancos. Sentía lágrimas de indignación calentar la parte de atrás de sus ojos. Giró el torso en su silla y trató de abarcar a todos con una mirada asesina.

—Ya déjenme en paz —sonó más como una súplica que como una advertencia—, no soy ninguna ebria.

Keyra intercambió una mirada con el resto y luego regresó a Ginger.

—Oh, vamos. No seas tontita «Gina». Todos sabemos lo que eres. —Hizo una pausa para darle más picor a las palabras y luego continuó—: Si tomas, eres una alcohólica. Si te la pasas leyendo, eres una *nerd*. Si no tienes novio, es porque eres una rara total. Si no usas maquillaje, eres fea. Y si eres fea, no le gustas a nadie y tu vida es un total y reverendo...

—¿Quieres callarte de una maldita vez, perra?

Todos contuvieron una exclamación y Keyra se quedó con la boca abierta, las palabras se le atoraron entre los dientes.

La chica rolliza que había entrado, la que nadie había notado, se puso de pie tras arrastrar la silla con sus poderosas pantorrillas y se irguió en toda su amazónica altura.

Miraba a Keyra como si la quisiera matar.

Ginger la miró petrificada desde abajo. Keyra parpadeó sin podérselo creer.

—¿Cómo me llamaste? —preguntó con evidente indignación.

La chica se llevó una mano a la boca y fingió arrepentimiento:

—Oh, lo siento, no debí. —Su expresión volvió a llenarse de desdén y meneó el índice de un lado a otro—. Tienes razón, llamarte perra es un insulto para mi perro.

Otra exclamación colectiva se reprimió en el aire. La mirada de Keyra se oscureció y se apartó de Brandon para ponerse de pie: fue una mala idea porque parecía una partícula junto a la gran chica.

Ginger apenas si lo podía creer. Nunca pensó que viviría para presenciar el día en el que le dijeran a Keyra algunas verdades. El resto de la clase mantuvo la boca cerrada. Ni siquiera Brandon metió las manos en el fuego por su novia, en realidad, de por sí, Ginger nunca lo había visto hacerlo. Vaya cobarde...

—¿Quién diablos te crees para hablarme así? —La miró de abajo hacia arriba, despectiva—. *Mastodonta*.

La chica tronó los dedos frente a la cara de Keyra y Ginger invocó a todos los santos del cielo para que las cosas no fueran a acabar en pelea.

—Soy la que te va a enseñar a meterte las palabras por el culo si no dejas de hablar como perra, perra.

Ginger se llevó las manos a la boca y Keyra levantó una para abofetear a la chica...

—¡Keyra Ivette Stevens! ¿Pero qué crees que estás haciendo, jovencita?

A todo mundo casi le da un paro cardíaco cuando la profesora Flichter apareció en el umbral de la puerta. Empuñaba un cuadro de la tabla periódica y sus ojos se veían chispeantes de furia tras sus pequeños lentes.

Keyra jadeaba de coraje; bajó la mano a su costado y se enterró las uñas de acrílico en las palmas. La chica grande ni siquiera se inmutó, tenía un semblante de aburrimiento total. Ginger, embobada, la miró tomar asiento de manera muy digna.

La profesora Flichter recorrió el tramo que le faltaba para llegar al escritorio, lo tomó de un extremo y lo arrastró al centro del aula acompañada por el chirrido insoportable de las patas contra el suelo. Luego, azotó sus pesados libros contra la superficie de la mesa ocasionando un estruendo que hizo que todos dieran un respingo.

Siempre hacía lo mismo al llegar, era la profesora más intimidante de todo Dancey High y, muy probable, de todo el mundo, en sus clases hasta respirar era doloroso.

La mujer se inclinó con las manos apoyadas en el escritorio y miró a Keyra de una

forma que cortaba la respiración:

– A la dirección – dijo en tono contenido.

– ¡Pero, profesora...! – comenzó Keyra.

– A la dirección. – Esta vez, su voz se escuchó más impaciente.

– Le juró que no volverá a pasar – imploró Keyra mientras se acercaba al escritorio.

Ginger, por un momento, creyó que se pondría de rodillas.

– ¡A la dirección o le irá peor! – rugió como si se tratara de Godzilla.

Ginger rio en su mente de su chiste; Flitcher se debería apodar «Flitcherzilla».

Keyra dio un taconazo contra el suelo y soltó un gemido de impotencia. Salió hecha una furia tras azotar la puerta con tal fuerza que hizo vibrar los cristales. La tensión se respiraba en el aire y las aletas de la nariz de Flitcher estaban dilatadas como las de un toro, pero se reacomodó los lentes, suspiró y se dio la vuelta para escribir con violencia en el pizarrón el tema del día: «enlaces covalentes».

– Abran el libro en la página 201 – ordenó.

Con manos temblorosas, toda la clase sacó el libro; era mejor no hacerla esperar. El silencio reinó salvo por el golpeteo constante de la tiza sobre el pizarrón, pobre tiza.

Ginger miraba de soslayo a la chica que tenía al lado. Su nariz era ancha, pero de perfil se le respingaba en una linda curva, además, sus pestañas eran increíblemente largas y espesas. Sin embargo, sobre una de sus desafiantes cejas yacía una pequeña cicatriz rosa en forma de tajo.

Tenía pinta de callejera-patea-traseros, pero por alguna razón, a Ginger le transmitía cierta paz. La chica giró los ojos con brusquedad y la miró por el rabillo del ojo. Ginger dio un respingo cuando ella volteó la cabeza.

– ¿Qué? – preguntó, esta vez sin desafío en la voz.

A Ginger se le calentaron las mejillas y desvió la mirada.

– Oh, yo... – balbuceó – nada, lo siento.

Esperó un momento para que las cosas se calmaran y volvió a aventurar una mirada a su derecha... Pero dio otro respingo y se tuvo que llevar una mano a su agitado corazón. La chica seguía mirándola con expresión divertida.

– ¿Soy o me parezco? – preguntó

– ¿Eh?

La chica rio por lo bajo ante la reacción alarmada de Ginger:

– Tranqui, tranqui. – Volvió a reír y Ginger vio que tenía unos dientes blanquísimos que contrastaban con el tono piel.

Se obligó a forzar una sonrisa nerviosa y trató de calmarse. La seguridad que tenía la chica la abrumaba.

– Eres como un perro chihuahua.

– Un... ¿un chihuahua? – Ginger la miró confundida.

– Sí, son muy nerviosos, se asustan con facilidad y siempre están temblando en los regazos de sus dueños.

– ¡No es cierto! Sí, soy nerviosa. Sí, me dan miedo muchas cosas, pero no me la paso temblando en el regazo de mi madre desde que superé el miedo al hada de los dientes y al monstruo del clóset... ¡Y eso fue hace cien años! – se defendió –. Bueno, no es que yo tenga cien años, faltan dos meses para que cumpla dieciocho y, por lo tanto...

La chica se tapó las orejas con las manos.

– Ah, y también ladran mucho – añadió.

Ginger se calló al instante. Sebastian tenía razón: se le aflojaba la lengua con facilidad cuando entraba en confianza.

– Por cierto, Gina, soy Magda. – Extendió una de sus enormes manos hacia Ginger por encima de la mesa.

Ginger le tendió la suya con timidez y fragilidad, pero Magda cerró sus dedos alrededor de ella y la agitó con tanto ahínco que le ondeó todo el brazo.

– Ah, mucho gusto. Por cierto, Magda, soy Ginger, no me llamo «Gina» – corrigió mientras se sobaba el hombro como si se lo quisiera recolocar.

Se sonrieron mutuamente como augurio del inicio de una buena amistad.

Ginger se pellizcó el antebrazo y le dolió. Felicidades: no estaba soñando. De verdad se dirigía a la cafetería acompañada de una nueva amiga. ¡Una amiga! La emoción por algo así la hizo sentirse rara, pero no le importaba, nadie lo sabía.

La fila en la cafetería daba casi toda la vuelta al lugar y Ginger supo que ese día no almorzaría. La única cocinera que atendía jamás se daría abasto y su ayudante voluntario no había ido porque tenía gripe.

Ginger estiró el cuello para buscar una mesa vacante y su mirada se detuvo en la que estaba más alejada y rezagada, junto a los baños. Era el peor lugar para comer y el mejor si querías vomitar, pero algo era algo.

Llevó a Magda hasta allá y se sentaron una frente a la otra. Magda empezó a contar de forma animada la maravillosa experiencia que había vivido durante el último

concierto de My Chemical Romance y, si bien a Ginger el grupo no le llamaba mucho la atención, la escuchó con atención y le hizo una que otra pregunta que su amiga contestó con lujo de detalles...

Entonces los ojos de Ginger se movieron presos por una fuerza magnética hacia un punto al principio de la fila: Sebastian era el segundo en pasar.

Su corazón colisionó en una descarga eléctrica y la voz de Magda se comenzó a escuchar como si estuviera muy lejos. Sebastian estaba de espaldas a ella, pero con seguridad sabía que era él... reconocería ese trasero donde fuera. Sus mejillas picaron y recordó el día en que se había besado con él. La señora Kaminsky la llamó para que la ayudara con la cena, pero Ginger apenas si se podía concentrar y tiró varios huevos al suelo y *enhuevó* todo el mármol. Apenas si lo podía creer, ¿qué acababa de pasar? No estaba muy segura. ¿Él la había besado? Se estremeció de pies a cabeza, como si la hubiera transportado a un lugar en el que ella nunca había estado.

Los siguientes días al beso ella no podía decir que las cosas fueron como antes. Cada vez que entraba en su habitación y veía a Sebastian tendido en su cama mientras leía un libro o pasaba el rato en la computadora, Ginger no sabía si fingir que ciertos sentimientos no existían en absoluto o si debía dejarse llevar por sus nuevos impulsos de echar los brazos alrededor de él. Se sentía loca, la confusión la rodeaba cada vez que él se acercaba o la tocaba de manera accidental porque trataba de alcanzar algo que estaba junto a ella...

Ginger, de por sí, siempre había sido torpe, pero ahora se tropezaba más, a veces tartamudeaba y, cuando lo llamaba y Sebastian alzaba la cabeza para mirarla, olvidaba completamente lo que iba a decir: se ponía demasiado nerviosa.

De la forma más obvia posible, algo estaba pasando con los dos. Sebastian sabía que era real, pero Ginger de repente creía que era una fantasía, producto de su imaginación y de su deficiencia afectiva. Toda una locura.

Quererlo era una locura.

—Ginger...

¿No era fascinante la forma en que Sebastian recargaba las manos en la barra? Seguro de que sí...

—Pero ¿qué...?

Le gustaba la forma en la que sus mejillas subían y bajaban cuando hablaba con la cocinera.

—¡Por el vello axilar de mi abuela! —bramó Magda—. ¿Pero qué es eso?

Ginger reaccionó y vio a Magda torcida en su silla mirando hacia atrás.

— ¿Qué es qué?

— ¡Eso! — Señaló con su regordete y largo dedo hacia un punto.

Ginger trató de seguir la trayectoria.

— ¿El conserje? — preguntó.

— No, no. ¡Antes! Oh.

— ¿Sebastian? — dijo Ginger.

— ¡Sebastian! — repitió Magda como si se quisiera aprender su nombre.

— Sí... Sebastian.

— ¿Lo conoces?

— Amm...

«Sí, sí lo conozco. Vive bajo mi techo, duerme en mi cuarto, nos hemos besado y ahora estoy como vaca loca por él».

— Lo conozco, sí — repuso en tono descuidado mientras revolvía su jugo vitamínico con el popote, pero, por dentro, estaba orgullosísima de conocerlo y poder decir que tenían una historia—. ¿Por qué preguntas? — Trató de ocultar a toda costa su curiosidad.

Magda meneó la cabeza sin dejar de mirarlo contorsionada.

— Está buenísimo.

— Sí, creo que sí.

— Oh, Dios, me miró. ¡Oh, Dios! ¡Ginger, ahí viene! ¡Justamente viene hacia aquí! — Magda chillaba mientras daba palmadas ansiosas a la mesa. En un arrebato de emoción tomó a Ginger de la muñeca y la sacudió; ambas derramaron un poco de jugo sobre el linóleo.

— ¡Magda!

— Hola, Gin.

Ginger volteó y se sorprendió al ver a Sebastian inclinarse hacia ella y plantarle un sonoro beso en la mejilla. Ella se puso roja, a Magda se le descolgó la mandíbula y Sebastian, ajeno al drama, sonrió, deslizó su bandeja de comida por la mesa y se hizo espacio en un asiento mientras empujaba a Ginger con la cadera.

Cuando levantó la mirada vio dos pares de ojos que lo miraban como si hubieran visto un fantasma.

— ¿Qué? ¿Qué tengo? — Se palpó la cara en busca de alguna imaginaria verruga con pelos.

Magda estaba impresionada. Verlo de lejos era una cosa, pero verlo de cerca era un deleite para la pupila... y lo que más le sorprendió fue la forma en la que había saludado a su nueva amiga.

Ginger se aclaró la garganta y procedió con las presentaciones:

—Sebastian, ella es Magda. Magda, él es Sebastian.

Sebastian miró a Magda y la saludó con un gesto de cabeza y una radiante sonrisa que le iluminaba el azul de sus ojos. Ella por su parte, solo alcanzó a emitir una risita nerviosa. A Ginger le resultaba extraño que ella se comportara como mortal después de la lección que le había dado a Keyra.

—Te traje algo de comer, sabía que la fila nunca acabaría, así que... Bueno, ya sabes...

Ginger estaba agradecida de que él hubiera pensado en ella. Además, Sebastian recordó que era vegetariana y le llevó especialmente un sándwich de tofu.

Ella dio la primera mordida, no obstante, se sobresaltó y habló con la boca llena:

—¿Qué crees que le hizo Magda a Keyra enfrente de toda la clase?

Una chispa de interés brilló en los ojos de Sebastian y sonrió:

—¿Qué?

Ginger se inclinó hacia él:

—Le dijo que se metiera sus palabras por el culo.

—¿En serio? —exclamó y miró a Magda con los ojos sonrientes. Sebastian rompió en una carcajada y dio un manotazo en la mesa sin poder contenerse.

Ella solo alcanzó a asentir con la cabeza.

—Cuéntale, Magda —instó Ginger.

Magda le relató a Sebastian lo que había pasado, pero pronto notó que a él le costaba trabajo prestarle atención. Un rato la miraba y asentía por educación, mientras fingía que seguía la conversación; pero al siguiente miraba a Ginger por el rabillo del ojo...

Ginger, por su lado, sí estaba al tanto de la charla y se reía de los comentarios de Magda, sobre todo, cuando decía que se imaginaba el trasero de Keyra lleno de granos.

Las manos de ambos estaban apoyadas sobre el asiento y Magda no alcanzó a ver si tenían los dedos entrelazados por debajo de la mesa; era lo que parecía, pero ninguno dijo nada al respecto.

Ella soltó un suspiro de resignación. Se sentía como la intrusa ahí porque era evidente que ambos estarían más a gusto solos.

De pronto, un chico gordinflón, todo sudado y con piel de un extraño tono verdoso muy pálido salió del baño azotando la puerta tras de sí. Dejó un tufo putrefacto que flotó en el ambiente.

—Oh, santa madre de Dios —dijo Magda mientras hacía una mueca de asco—. ¡Oye, tú! ¡¿Qué te da de comer tu mamá para que la mierda te huela a muerto?!

Ginger y Sebastian rieron y decidieron huir de la zona bombardeada.

—¿Por qué maldita razón no me dijiste que Sebastian era tu novio? —recriminó Magda al día siguiente, durante la salida, mientras jalaba a Ginger de la manga de su suéter.

—¡Porque no es mi novio! —chilló.

Ginger se detuvo y sopesó sus palabras. ¿No lo era?

—A otro perro con ese hueso —Magda entornó los ojos—, si ayer los vi.

—¿Nos... viste?

—Ayer. En el almuerzo. —Al ver que Ginger no captaba el mensaje puso los ojos en blanco y añadió—: Te estaba agarrando la mano.

La acusada se sopló un mechón que le caía sobre los ojos:

—Claro que no me la estaba agarrando.

—Ajá...

—Solo la tenía al lado de la mía... muy cerca.

—¡Ajá! Lo sabía.

—Estar a un «lado», no significa estar «encima de».

Magda sacudió el aire para quitarle importancia al comentario de su amiga.

—Como sea, como sea. De todas formas, está enfermo.

—¿De qué está enfermo? —Ginger la miró alarmada.

—De ti.

—¿De mí?

—¿Hablo en la lengua perdida de Atlantis? Sí, de ti.

—Ah. —Ginger se sintió soñada y su corazón volvió a sufrir un choque eléctrico que le llegó hasta el estómago y revoloteó en su interior—. ¿Tú crees?

Magda sonrió, ¿qué otra cosa podía hacer? Al menos se alegraba por Ginger. Fue la única que le dirigió la palabra el día anterior. Sentía como si toda la escuela estaba en su contra y sospechaba que Keyra tenía mucho que ver en el asunto.

—No lo creo, lo sé. Está totalmente idiotizado.

—¿Quién está idiotizado? —preguntó una voz profunda y queda en la espalda de Magda. No tuvo que voltear para saber quién era, pero de todas formas lo hizo.

—Oh, nadie que conozcas. —Era casi tan alta como él por lo que sus ojos miraron directamente a los suyos.

Sebastian se situó junto a Ginger, quien era más pequeña y mucho más menudita. Magda pensó que su amiga se veía bien junto a Sebastian y que probablemente ella era como el amigote malo de él.

Tenía que dejar a un lado su atracción por Sebastian. Él ya era de Ginger y no valía la pena perder una valiosa amistad por un chico.

Se obligó a sonreír.

—Adiós, Magda. Nos vemos mañana —dijo Ginger mientras se alejaba con Sebastian y agitaba una mano.

Magda agitó la suya.

Ginger miró la luz púrpura del reloj en la mesita de noche: 2:05 a. m.

Ella no conseguía dormir, se revolvía a cada rato bajo sus pesadas sábanas y no encontraba comodidad en ninguna posición. El invierno estaba cerca, pero esa noche caían los primeros copos de nieve; hacía muchísimo frío y la calefacción ronroneaba.

Pronto, no pudo más con su conciencia. Reptó hasta el borde de la cama y se asomó. Sebastian dormía profundamente en la alfombra y ya había pateado la sábana a un lado. Esa noche vestía una camisa blanca y vieja, que era de su padre, y un bóxer a cuadros que dejaba al descubierto sus poderosas y largas piernas. Su pecho subía y bajaba con la suave respiración, sus labios estaban entreabiertos y algunos mechones de cabello le caían sobre la frente. Ginger lo encontró irresistible. Pensó que dormido él parecía un niño.

—Sebastian —susurró de forma apenas audible—. Sebastian...

Él solo soltó un pequeño gruñido y se volteó de costado. Ginger extendió una mano y lo picó entre los omóplatos.

—Sebastian —repitió.

—Mmm...

—¿Estás dormido?

—Estaba, gracias. —Bostezó y se frotó los ojos con los nudillos.

— Ah, lo siento — dijo ella.

Él se incorporó en sus codos y miró a Ginger a través de la penumbra con ojos brillantes...

— ¿No puedes dormir?

Ella negó con la cabeza.

— Es que...

— Es que, ¿qué...?

— Quería preguntarte algo, pero... — se acobardó en el último momento y se echó para atrás—. No es nada. Buenas noches — dijo y volvió a enterrar la cabeza bajo las cobijas como si fuera un avestruz.

— Buenas noches, nada. Ahora me dices.

Ginger bajó las cobijas de golpe, miró a un lado y se encontró cara a cara con Sebastian que estaba con la barbilla recargada en el borde de la cama.

Se mordió el labio inferior. ¿Cómo diablos iba a preguntarle algo así sin quedar como estúpida?

Sebastian aguardó en silencio hasta que ella se dignó a suspirar y, resignada, dijo:

— Magda me preguntó que por qué no le había dicho que eras mi novio... — Se detuvo para ver la reacción de Sebastian, pero este no pareció inmutarse.

— ¿Y?

— Y yo le dije... — Lo miró a los ojos—. Le dije...

¡Ay, no podía decirlo!

— ¿Qué le dijiste, Ginger? — la apremió.

— ¿Somos novios? — preguntó de repente y de forma rápida. Agradecía que estaban a oscuras para que así él no la viera convertida en un tomate maduro.

Sebastian se quedó en silencio y Ginger pensó lo peor, pero luego, de alguna manera, sintió que él sonreía y lo miró a la cara...

Sí, sonreía de oreja a oreja.

— ¿No lo somos? — inquirió él

— No me contestes con otra pregunta — dijo ella directa.

Sebastian ensanchó su sonrisa felina y extendió una mano para apartarle un mechón de la mejilla.

— Yo soy tuyo — susurró—, pero todavía no me dices si tú eres mía.

Esas palabras acabaron con Ginger. Era lo más precioso que le habían dicho en toda su patética vida. Su corazón saltó de gusto y el dedo de Sebastian le daba golpecitos en

su mejilla.

Ella cerró los dedos alrededor de su mano:

– Toda tuya.

Sebastian sonrió y su mirada cambió de intensidad al clavarse en los labios de Ginger. Poco a poco acortó la distancia que separaba a sus bocas.

Ella cerró los ojos y sintió la ya conocida presión de los labios de Sebastian contra los suyos. Poseían una suavidad que la derretía de adentro hacia afuera, que la desarmaba célula a célula.

Ginger sacó los brazos de la calidez de las sábanas y tomó el rostro de Sebastian entre sus manos para inclinarlo más hacia ella.

Sus labios se despegaron un momento y Ginger los deslizó hasta su oreja. Se sorprendió a sí misma cuando le susurró:

– El piso está muy frío. – De forma inconsciente hizo un espacio en la cama y jaló a Sebastian de las manos.

Él apenas podía pensar. Casi se deja arrastrar, pero logró reaccionar justo a tiempo.

– No hablas en serio, ¿verdad?

Ella sonrió casi con malicia después de entender a qué se refería Sebastian.

– No seas pervertido, no te voy a violar en medio de la noche – entornó los ojos –, y espero que tú tampoco lo hagas...

– ¡¿Cómo crees!?! – chilló

No podía distinguir bien a causa de la oscuridad, pero sabía que él se había sonrojado. Ginger se apartó más para dejarle espacio y levantó las sábanas.

Sebastian era un hombre y la idea de estar en la misma cama que Ginger le resultaba excitante, pero no podía permitirse dejarse llevar. ¿Para qué hablar con mentiras? Reprimió sus sentidos y dejó que Ginger lo arrastrara dentro de la calidez de la cama. Echó las sábanas sobre ambos y él la acercó a su pecho para rodearla con un brazo que Ginger sintió como una protección de acero. Luego apoyó los labios contra la frente de Ginger y ella colocó la mano contra el pecho de él, dio un último suspiro en su camisa y, por fin, pudo dormirse.